

A small, brown and white speckled bird is perched on a thin, bare, brown branch. The bird is facing right, with its head slightly turned. The background is a solid, clear blue sky. The branches are thin and have small, dark buds at the tips.

vr vida religiosa

Noviembre 2022-número 9 vol.133

**El peligro de
la «normalidad»**

La libertad de quien lidera

**Conversaciones comunitarias:
fuerza transformadora y revolucionaria**

NOVEDADES



LECTIO DIVINA PARA TIEMPOS FUERTES

ADVIENTO Y NAVIDAD 2023

La alegría de la espera

XABIER GÓMEZ GARCÍA, OP. Páginas 104. P.V.P.: 7 euros

Los tiempos fuertes del Adviento y la Navidad son muy propicios para meditar y dejar que la Palabra de Dios inspire nuestras vidas. La “lectura orante” del Evangelio de cada día nos llega, este año, de la mano del dominico Xabier Gómez García, del departamento de Migraciones de la CEE.

HERMANO DE TODOS

SAN CARLOS DE FOUCAULD

JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU. Páginas 112. P.V.P.: 12 euros

Carlos de Foucauld es uno de esos testigos de nuestro tiempo y un modelo para todos. Un auténtico místico, un hombre de Dios, un *marabut*. Cuanto más unido a Dios, más pobre y humilde se hacía, entregándose completamente a sus hermanos más alejados y olvidados.

Hoy son miles las personas que se inspiran y viven tal como este santo actual quiso y pensó. Sin duda, san Carlos de Foucauld es un germen revolucionario en el seno de la Iglesia y de la sociedad en general.



EDITORIAL



L. A. Gonzalo Díez
DIRECTOR
DE VIDA RELIGIOSA

El peligro de la «normalidad»

En realidad, lo peligroso es aquello que, por reiterado, termina por parecernos normal. Lo que la inercia convierte en norma hasta casi no dejar un resquicio a la espontaneidad. En el año 2021 llegó a los cines una película de Daniel Cohen titulada *Envidia sana*. El argumento es la amistad de dos parejas que transcurre con «normalidad» durante muchos años. Reina entre ellos una armonía sostenida en el presunto conocimiento que tiene cada uno del resto. Un día, todo se desvanece cuando surge una noticia. Una del grupo anuncia al resto que ha escrito una novela que además se convertirá en un éxito de ventas. A partir de ahí la «normalidad relacional» se desvanece y aparecen constantes escenas de celos, reproches y envidias... No sé si es muy pertinente que los consagrados busquemos como criterio la nor-

malidad. Lo que se ajusta a la norma «sin exceder o adolecer» que dice el Diccionario de la Real Academia. Más bien, nuestra vida está afectada de una evidente anormalidad por los valores y relaciones que queremos expresar. La «normalidad» conquistada para vivir sin sobresalto, nos puede llevar a relaciones epidérmicas, conversaciones estereotipadas y a tópicos consentidos. Y hasta nos puede llegar a parecer lo deseable. Sin embargo, la esencia de la comunión consiste en lograr que el clima evangélico permita aflorar lo mejor de cada uno para el servicio de la comunidad. Y ese proceso conlleva el ejercicio supremo de amor y de reconocimiento, valoración y agradecimiento de ti, por ser tú, para que seas tú para nosotros. Y así crezcamos en la alegría de que formes parte de nuestra vida.

En la película citada, antes del éxito de una de ellas, los cuatro protagonistas creen tener una buena relación forjada en años. Piensan que son cómplices y se ayudan a creer y crecer juntos. Están cómodos en unas relaciones mediocres en las que constantemente se dicen unos a otros lo mucho que se conocen. Abusan y abunda en la ironía del trato. No hay sobresaltos. Es todo normal. Pero casi todo es mentira. Evidentemente, esa supuesta «comunidad» me hizo pensar en los estilos en los que aseguramos nuestras «normalidades comunitarias». Nuestros diálogos, discernimientos y verdades compartidas. Me llevó a reflexionar sobre todo aquello que me parece normal y, probablemente, no lo es. Es curioso, por ejemplo, que el éxito y reconocimiento de la protagonista siembre tanto

desconcierto, inseguridad y fracaso en el resto de «comunitarios». De repente, cuatro amigos de siempre se convierten en desconocidos, incapaces de reconocer y recocerse, incapaces de celebrar la vida, tan solo porque una de ellos es aplaudida y valorada por muchos.

En la película se nos muestra una «comunidad» cuyo único propósito es empequeñecer a sus miembros para que nada se rompa. A más debilidad personal creen que el vínculo fraterno es más real... No sé, o sí, ¿quién sabe? Quizá nos pueda estar pasando lo mismo en la comunidad religiosa. Queremos su significación y transformación, pero

a veces buscamos inconscientemente que nadie muestre su riqueza. Es el miedo al valor que Dios nos regala en el otro. Es la sobreabundancia del yo, y como recientemente nos dijo el papa Francisco, «donde hay demasiado yo, hay poco Dios». Es la fuerza de esos tentáculos de la mediocridad que pueden llegar a hacerte creer que reconocer a alguien en su virtud, resta valía a tu vida.

El gran reto para la vida consagrada de nuestro tiempo no es tanto que demuestre su valor para la sociedad, cuanto que aprendamos a valorarnos y reconocernos quienes ofrecemos juntos el don de la consagración en

comunidad. El camino para lograrlo es la formación y la puerta que la abre es la introspección, el diálogo interior y la sanación de los propios «duendes» que, en ocasiones, no te dejan respirar y casi te asfixian en mil sueños de celos, rivalidades y envidias. La vida consagrada es una comunidad rica y llena de posibilidad. Su razón de ser es el anuncio, la transformación y la celebración del encuentro auténtico. No puede permitirse el lujo de renunciar a tanto don; de apagar, ocultar o ensombrecer los regalos de las vidas de quienes la integran. Ha de abrirse a la luz para no confundir normalidad con mediocridad.

Nuestra portada

Es un pájaro. En concreto un mirlo sobre unas ramas que han perdido ya la hoja. Está solo y por eso somos capaces de apreciar con detalle cómo es, sus rasgos y especie.

Nos parece una «parábola» oportuna para la necesidad de la vida consagrada. Tenemos que aprender a contemplarla y agradecerla en sus personas, en cada una y su historia; en sus búsquedas, itinerarios y, por supuesto, en sus dificultades. La vida consagrada real tiene nombre, apellidos y una fecha exacta de profesión.

Volumen 133. N° 9 Noviembre 2022



Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 - Fax: 915 400 066 - e-mail: secretaria@vidareligiosa.es

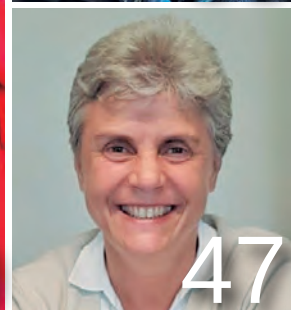
Suscripciones: Tel.: 915 401 238 - e-mail: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 63 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 94 euros ó 102\$ USD.

Otras naciones: 67 euros ó 72\$ USD. Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

Índice



04 En camino, Alberto Ares

05 La libertad de quien lidera,

Luis A. Gonzalo

14 Femenino singular, Cristina Inogés

15 Conversaciones comunitarias:

fuerza transformadora y revolucionaria,

José Cristo Rey García

20 Hablando en dialecto, Dolores Aleixandre

21 Retiro. La mirada de Dios. La mirada contemplativa de nuestros iconos,

Álvaro R. Echeverría

29 Vivir es así de simple,

José Tolentino de Mendonça

30 Más que una foto: «Dios habla

en el silencio con amor», Carlos González

38 “La misión de la vida consagrada frente a los abusos”,

María Cristina Ávalos

39 ¿Volverá a surgir la vida religiosa?

¿Debería hacerlo?,

Joan Chittister

43 La sonrisa en la mirada,

Jorge A. Sierra

44 El valor de la gratuidad.

La alegría de hacer el bien,

Enrique Gervilla

47 ¡Hagamos que suceda!,

Daniela Cannavina

48 Lectura recomendada,

Francisco Javier Caballero

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos)

Director: Luis A. Gonzalo Díez

Subdirector: Pedro Sarmiento

Consejo de Dirección: José Cristo Rey García

Consejo de Redacción: Asunción Codes, Luis González-Carvajal, Félix Martínez Lozano, M^a Luisa González,

Joaquim Erra i Mas, Segundo L. Pérez, Francisco J. Caballero - Depósito Legal: M-2.582-1.958 ISSN: 0211-9749

Maquetación y diseño: M^a Ángeles González, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento

Foto de portada: Pixabay- Imprime: Din Impresores.



Alberto Ares

DIRECTOR DEL SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS
JRS EUROPA

Una política al servicio del bien común

El mundo de la política está viviendo, como muchos ámbitos de la vida, una profunda transformación. No hay nada más que asomarse a los titulares de los periódicos. De hecho, nuestro mundo interconectado y complejo, con tal avalancha de información, escándalos de corrupción, donde a veces campan a sus anchas las *fake news*, ve como amplios sectores de la población se han desentendido de la vida política. No es algo que sea ajeno a nuestros ámbitos de Iglesia. En este escenario, han aparecido con más asiduidad de lo que era normal, algunos dirigentes políticos que llegan al poder mediante unas elecciones razonablemente democráticas y luego se plantean destruir los contrapesos a su poder ejecutivo consolidando así su poder mediante el populismo, la polarización y la posverdad (Naim, 2022).

Es cierto que vivimos un contexto nada fácil de gestionar,

con cambios cíclicos en las crisis económicas, las desigualdades y pobreza, una pandemia, los conflictos armados, el desastre del cambio climático, las tecnologías que destruyen empleo y un largo etcétera. Los populistas recogen estos elementos para construir relatos en los que abundan las teorías de la conspiración, que suscitan miedo e ira, que polarizan a la sociedad y que apuntan hacia chivos expiatorios.

Se proponen soluciones fantásticas y una tierra prometida en las que con frecuencia ellos son los salvadores y en los que aparecen elementos nacionalistas y un enemigo de fuera, que suelen ser los extranjeros, a los que les cargan con los males sociales que nosotros mismos hemos creado. Este tipo de discurso populista está ganando fuerza. Es como un virus, que reaparece cíclicamente.

Pero sabemos que la retórica es hueca. Eso sí, señala un vacío y un descontento social que necesita ser escuchado

y nos presenta una oportunidad que debemos aprovechar para ofrecer otro tipo de política.

El papa Francisco nos señala en *Fratelli Tutti* que “hace falta la mejor política puesta al servicio del verdadero bien común”. Por un lado, debemos recuperar el sentido de pertenencia a una sola familia humana, con una mirada especial hacia los más vulnerables. Asimismo, es necesario identificar valores comunes basados en la verdad, y seguidamente aprender a desensmascarar las diversas formas en las cuales la verdad es manipulada. Por último, Francisco habla del poliedro, con sus diversas caras, apuntando a un diálogo social auténtico, que “representa una sociedad donde las diferencias conviven complementándose, enriqueciéndose e iluminándose recíprocamente, aunque esto implique discusiones y prevenciones”.

Es tiempo de coger las riendas de nuestra vida. Tenemos que ponernos serios por nosotros, por las generaciones futuras, pero sobre todo por los que peor lo están pasando. Otro modo de hacer política es posible y necesaria.



La libertad de quien lidera

Es imposible entender el liderazgo si no es desde el servicio a una libertad evangélica explícita, clara, visible y práctica. Es un liderazgo posibilitador, inserto en la vida, lleno de vida y al servicio de la vida

Luis A. Gonzalo Díez, cmf

Director de VR

El término libertad desconcierta por su inmenso campo semántico. En un ámbito como la vida consagrada todavía es más difícil su acotación. Entiéndaseme bien, todos hablamos de libertad y todos somos testigos de cómo la libertad encarnada en los otros no siempre somos capaces de integrarla. Por otro lado, la vida consagrada,

como estructura, se protege, más inconsciente que conscientemente, contra cualquier atisbo de libertad que provoque consecuencias que no controlamos.

Sin embargo, es imposible entender el liderazgo si no es desde el servicio a una libertad evangélica explícita, clara, visible y práctica. El liderazgo para serlo no tiene

como primer cometido que nada pase, sino que pase el Reino y, desde esa perspectiva, es un liderazgo posibilitador, inserto en la vida, lleno de vida y al servicio de la vida. Y ésta es imprevisible y, por supuesto, siempre en camino, inédita y sorprendente.

EL DON DE LA LIBERTAD PARA DESCUBRIR EL CAMINO

No sé si lo estamos haciendo bien. El primer rasgo que solemos buscar en quien soñamos como líder es «que tenga las cosas claras». No siempre aparece como premisa que sea una persona libre. A veces, incluso, tememos a quien piensa y actúa con una libertad explícita. Los mecanismos de protección, que son los hilos que sostienen la mediocridad, nos ponen sobre aviso de cualquier atisbo o actitud no controlable o ajustable por los parámetros que, sin existir escritos, están en la mente de todos y todas cuando nos pensamos como institución.

La libertad es la capacidad para descubrir el camino incierto, no descrito, de nuestro tiempo. La vida consagrada se presenta a estas alturas del siglo XXI con plena consciencia de tener sus estructuras y personas muy gastadas. Ahí y solo ahí radica la esterilidad vocacional. En estas circunstancias hay un discurso teórico de transformación que discurre bien y con normalidad; hay, por el contrario, una praxis real que también discurre demasiado bien y que conduce siempre e inexorablemente hacia la conservación, la protección y la prorroga de estilos y cargos. La explicación sencilla puede consistir en que el peso de la decisión está más condicionado por las estructuras que por las personas. Y esto

puede estar sucediendo no solo por el miedo que provoca la atención a una realidad tan plural y dispersa como es el espectro de personalidades que hoy están en la vida consagrada, sino también porque la persona de nuestro tiempo ha entrado en una dinámica «no participativa», peligrosa, que la lleva a superponer su vida privada, sobre una vida colectiva de participación que hoy le dice menos.

Quizá el auténtico liderazgo apoyado en una sana libertad que le permita descubrir cuáles son las claves que, a su vez, liberarán la participación de las personas tiene que emplearse a fondo para escuchar, con libertad, una realidad —la de las personas de su congregación— que hoy no conoce. «La libertad es autodominio y es capaz de decisión y de compromiso, y de fidelidad a los compromisos adquiridos y a las decisiones tomadas. Y, se expresa, sobre todo, en salir de sí mismo para buscar los verdaderos intereses de los demás; o sea, en el servicio gratuito y en el amor oblativo y desinteresado»¹.

El liderazgo sostenido en decisiones y cuestiones epidérmicas no es liderazgo, es administración. El administrador o administradora, tiene la pretensión de que las cosas estén ordenadas. Funcionen. No forma parte de su ideal que las personas vivan y además sean felices. Y hay un aspecto que se hace evidente, quien ejerce un liderazgo

El liderazgo sostenido en cuestiones epidérmicas es administración

administrativo, termina por silenciar hasta la misma libertad que él o ella necesita. Se sostiene y sitúa en el deber ser, con un temor claro a la realidad, lo que es, lo que

hay. Que, por otra parte, es el lugar del liderazgo evangélico, el lugar de la consagración, de la vida y la misión.



LIDERAR DESDE EL CORAZÓN DE LAS PERSONAS

El carisma del liderazgo es imprescindible para la transformación de la vida consagrada. Es de tal magnitud e importancia que, para nuestro momento histórico, es donde de manera prioritaria hemos de centrar la reflexión e interés. Ha de ser un liderazgo orientado desde el corazón de las personas. Desde su identidad como hombres y mujeres unidos y ungidos por la gracia de la cordialidad para transformar el mundo. En este sentido, el primer paso es la formación que capacite a las personas para una sana autogestión evangélica. Solo desde esa autogestión se hará posible un nuevo liderazgo. Hay que tener en cuenta como apunta Frederic Laloux que «algunas personas están tan dañadas por años de mando y de control que al parecer no pueden ajustarse a la vida sin un jefe (...). Las personas que no pueden adaptarse a la responsabilidad que acompaña a la libertad de la autogestión tienden a irse y a volver a tener jefes tradicionales y jerárquicos»². Se

desprende de lo dicho que no es la persona que lidera quien proyecta libertad, sino quien la recoge y multiplica, porque se entiende que la libertad está en el corazón (y en la vocación) de las personas que sueñan una transformación organizativa.

Si con verdad se puede afirmar que no hay carisma sin contexto, habría que sostener que no hay liderazgo evangélico sin vínculo con el sentir de las personas a las que se lidera. No existe el liderazgo aséptico o el principio de liderazgo que a todos valga. Existe un estilo de liderazgo acorde y coherente con la realidad vital y carismática de la familia religiosa concreta. En este aspecto, como en otros principios de reorganización, hay que tener mucho cuidado con ideas y estilos importados sin suficiente crítica porque pueden conducir a la comunidad y/o congregación a lugares no deseados. Es el corazón de las personas con sus posibilidades y debilidades quien pone contorno al estilo de liderazgo posible. Bien entendido ese corazón de las personas como la centralidad de sus

vidas cuando estas buscan la verdad evangélica.

El líder ha de ser una persona vaciada, expropiada, migrante de sus propias ideas, seguridades y logros históricos. Su horizonte y su identidad se lo propiciarán aquellos o aquellas a quienes sirve. «A medida que su vocación y su vida religiosa se descentralizan, también lo

hace la teología. Ambas implican un éxodo de la concentración en el yo, una entrega sin reservas, convirtiéndose en un espacio receptivo para el otro, siguiendo así la lógica transformadora de la vida de la encarnación»³. Y es que para captar y estimular la fuente de transformación y creatividad que se inserta en el corazón de las personas quien desempeña el liderazgo ha de sufrir una consciente descentralización.

Nos invita la reflexión a entender que no existe liderazgo sin encarnación, sin personas a las cuales se sirva y por las cuales se desviva. El liderazgo sostenido en principios teóricos sin comunión y participación no es más que un entretenimiento intelectual para serenar la ansiedad e impotencia al comprobar cómo las instituciones, poco a poco, se distancian del corazón de las personas que las crearon y a las cuales han de servir para ser necesarias.

EL PELIGRO DEL GUIÓN DE LA HISTORIA

Es indudable que la vida consagrada, en su conjunto, ha sido una buena escuela de liderazgo creativo y servidor. Son incontables los ejemplos de personas que nos han dejado la generosidad recibida y consciente de un amor de Dios que sobrepasaba sus

expectativas humanas y, por ello, supieron ser ejemplo de generosidad, reconocimiento y limpieza para con sus hermanas o hermanos. Es indudable, asimismo, que gracias a esas personas los carismas supieron entrar

en diálogo con la cultura de cada momento haciendo de la vida consagrada un referente real y próximo de Jesús caminando con todos los momen-

tos de la historia. Esos hombres y mujeres, sin una preparación explícita sobre liderazgo, recursos humanos o dinámicas de reorganización, supieron ser corazón de proximidad de Dios al frente de sus comunidades y congregaciones. Supieron ser hogar.

De igual modo, hemos de reconocer que en el guion de la historia ha habido abusos. La línea divisoria entre la gracia y el pecado fue traspasada y se degeneró la autoridad evangélica en poder; la orientación en autoritarismo; el consejo en abuso. Ha faltado formación y sentido crítico; han sobrado miedos y silencios que han provocado tumores que en nuestro presente nos está costando mucho extirpar. Giovanni Cucci afirma a este respecto que en el origen de los abusos está «la tendencia a mantener siempre en su cargo a las mismas personas durante largos años, hasta 30 o 40 años, lo que conlleva graves riesgos para el ejercicio de la autoridad: la tendencia a identificarse con el papel que desempeña y confundir su propia voluntad con la voluntad de Dios, hasta el punto de imponerla de forma rigurosa a toda la Congregación o a la comunidad. A su vez, quien está sometido corre el riesgo de confundir la búsqueda de la voluntad de Dios con el bienestar de la autoridad. Y así, por el bien de la unidad, acalla cualquier pensa-

miento que no se limite a repetir la voz de quien gobierna. Son las características de lo que el papa Francisco denomina el pensamiento rígido: identificar a la persona con su función y confundir unidad con uniformidad. De ahí la dificultad de reconocer, más aún incluso que manifestar, las dudas acerca un estilo de vida como ese: la persona se siente diferente, marginada, enemiga de la Congregación»⁴.

Lo que vengo denominando el guion de la historia insiste, sin necesidad de discursos, en una protección para que nada cambie de manera que el liderazgo sea contenedor o freno de cualquier innovación, justamente por una concepción errónea de la innovación entendida como traición. De igual modo, este supuesto liderazgo no cree en la maduración de las personas y, por supuesto, no las cree capaces de buscar el bien. Hay que, por así decirlo, «ponérselo en bandeja» para que no se desvíe. Es un concepto de la vida consagrada absolutamente maniqueo en el que lo importante es situar los órganos de poder en los «buenos» porque, sin decirlo, se cree que dentro del carisma, también hay «malos». Lo cual es una absoluta barbaridad.

Ese guion de la historia habla con frecuencia del cuerpo congregacional, aunque no cree en él. El cuerpo, siguiendo la definición paulina es una composición plural de miembros, donde todos son necesarios y hasta imprescindibles. En este concepto distorsionado de cuerpo se da a entender que cuestionar determinada autoridad, es cuestionar la unidad. Categoría, por supuesto, imprescindible para hablar de comunidad o con-

gregación. La degeneración de esta situación es el abuso y como bien apunta G. Cucci provoca que la persona se sienta marginada y, hasta, enemiga de la Congregación.

Sí, a la hora de buscar la libertad del liderazgo, hemos de señalar esos guiones no escritos que la historia nos ha dejado y que convierten los espacios comunitarios en lugares no sanos para el crecimiento de las personas que honestamente dejaron todo por seguir una llamada evangélica. Esa libertad, desde mi punto de vista, se recrea y recupera desde la formación que consiga levantar la mirada de patrones imposibilitadores. Es la libertad que se impone como tarea prioritaria de las fraternidades que quieran ser hogar en este siglo.

LIDERAZGO: SERVICIO O PODER. ELECCIÓN, UNCIÓN, MOCIÓN

Los principios de libertad del liderazgo están muy presentes en nuestro tiempo. Es impensable que nadie racionalmente busque el liderazgo en la vida consagrada por una pasión de poder. Al menos, es impensable, abiertamente. Otra cosa es que esas «bajas pasiones» frecuentemente aparezcan disfrazadas de un cierto «mesianismo» que,

equivocadamente, puede hacerte pensar que «nadie como tú» o «nadie más que tú».

Es el orgullo frente al que hay que estar siempre atento porque

frecuentemente se desborda en soberbia⁵. Y en nuestros ámbitos de vida consagrada puede estar más presente y generalizado de lo que alcanzamos a ver. Podemos incluso ofrecer criterios de libertad en el liderazgo y hacerlo desde una auténtica soberbia cuando tenemos

A veces se interpreta que cuestionar la autoridad es cuestionar la unidad

excesiva confianza en nosotros mismos, o con sentimientos de superioridad, o cuando despreciamos otras visiones, o cuando nos tomamos cualquier comentario como «algo personal», cuando nos obsesiona nuestra imagen, cuando consideramos a los demás como rivales o cuando nos asusta la pérdida de popularidad o «mando»⁶.

El liderazgo nace libre y al servicio de la libertad. Por eso ha de tener muy presente una sabia combinación de los tres principios que lo garantizan. El primero es la *elección* y ha de estar marcada no solo por la libertad de hacer recaer el ministerio de servicio en alguien, sino además de que este acto «no sea contra nadie». Es imprescindible la sanación espiritual de nuestros ámbitos comunitarios para que posibitemos que emerja, con libertad, el liderazgo que, en verdad, necesitamos. Por eso, el primer peldaño en la búsqueda de un liderazgo evangélico y sinodal es la reconciliación. La vuelta al carisma, separado y alejado de la «contaminación» conceptual de poder que hacemos recaer sobre los cargos.

Estamos hablando de un servicio que nace de la comunidad y para la comunidad. Es un liderazgo para la profecía, no es por tanto exagerado exigir la celebración creyente de una *unción* que hace depositaria a la persona de un envío y misión más allá de sí mismo, por supuesto, más allá de sus cualidades y, evidentemente, más allá de su percepción fragmentada que le lleva a hacer acepción de personas. La unción sitúa a la persona en clave teologal, en búsqueda teologal y la conecta directamente con el corazón de la misión que nunca es excluyente: integra, armoniza y responsabiliza.

Y el tercero es la *moción* o «inspiración interior que Dios ocasiona en el alma» y que siempre hemos de tener presente en este

tiempo en el que ante situaciones de extrema debilidad de las instituciones pueden emerger liderazgos absolutamente separados en las formas y en el fondo de todo principio creyente. Si el servicio de liderazgo no es entendido desde la fe, sostenido desde la fe y al servicio de la fe, termina degenerando en un ejercicio de poder.

LAS CLAVES DE UN LIDERAZGO EN LIBERTAD PARA NUESTRO TIEMPO. CUANDO LA SINODALIDAD TRANSFORMA Y OPERA

El peligro del abuso de la palabra sinodal en todo lo que hacemos y proponemos es vaciarla de contenido y mordiente. A mi modo de ver, referida al ejercicio de liderazgo, es un presupuesto urgente para nuestro momento. Para toda la Iglesia y, en particular, para la vida consagrada, la sinodalidad mueve de manera original la libertad evangélica que como he tratado de explicitar es el signo por excelencia de la comunión para la misión. Pero esa libertad tiene acentos que no podemos dejar de señalar, son aquellos que promueven la transformación y hacen de la sinodalidad un estilo fecundo.

El primero de ellos es la *humildad*. Es probablemente el indicador más real para situarnos ante un auténtico liderazgo evangélico. Xavier Marcet nos dejaba hace años un artículo revelador a este respecto. Decía él que la humildad es una forma de sabiduría. Es un modo de estar y de relacionarse que tiende a dejar espacio a los demás. La humildad o es natural o no es⁷. Se refiere Marcet al directivo empresarial, pero es indudable su pertinencia a la hora de abordar el liderazgo en la vida consagrada. Es la humildad la que permite reconocer la vida y los éxitos de los demás, mantiene la empatía, protege de la autocomplacencia (siempre amenazante). La humildad posibilita fomen-



tar el crecimiento de los otros y no verlo como una amenaza, sino como un logro. Es la humildad la que no permite degenerar en la ostentación. Y lo que es más gráfico para nuestro propósito, la humildad nos faculta para ver el bien y la posibilidad fuera de nosotros, de nuestros círculos y seguridades. Es el cauce más expresivo para hacer real un camino sinodal con otros u otras que nos ayuden a ver otros acentos del Reino que quizá a nuestra visión reducida del carisma se le escapan.

El segundo es la pluralidad. Quizá todos tenemos en la mente personas que en su momento fueron no solo líderes inspirados, sino inspiradores. Hombres y mujeres que nos dejaron con su impronta personal valores a los que todavía seguimos acudiendo.

El primer peldaño para que exista liderazgo evangélico es la reconciliación

Nuestro tiempo insiste en un estilo de liderazgo diferente. Es la corresponsabilidad que ya subrayaba y exigía la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata*. Este aspecto de pluralidad es hoy, si cabe, más necesario, una vez que nos hemos hecho conscientes del peligro real de abuso que tiene la confusión de liderazgo con poder y cuando se

sostiene en una persona la autoridad sin un ejercicio explícito de control y discernimiento. Por eso, «el Papa está llamando a la Iglesia a un nivel más profundo de con-

versión para volver a los lineamientos de Jesús para quienes tienen roles de responsabilidad y servicio. En vez de concentrar la autoridad en unos pocos, el modelo de sinodalidad distribuiría la autoridad de manera más igualitaria. En vez de centralizar



el poder o la toma de decisiones, la sinodalidad descentralizaría la forma en que se toman estas decisiones»⁸. Que el espíritu de la sinodalidad es necesario y concreto, lo demuestra el hecho de que «en el corazón de la sinodalidad está el llamado a las personas para ir más allá de sí mismas y servir al bien mayor de la comunidad; busca además un crecimiento progresivo en la libertad ante trampas como el egoísmo, la ambición, etcétera, para que seamos capaces de reconocer y renunciar a las tendencias excesivas de control, para así abrimos a la diversidad de los otros y no actuar solamente desde nuestra propia perspectiva»⁹.

El tercero, la *vulnerabilidad*. Porque quienes desempeñan el servicio de liderazgo son hombres y mujeres heridos por las inclemencias del camino. Son enfermos necesitados de curación. Hombres y mujeres, por tanto, abiertos a la esperanza que no poseen y, sin embargo, esperan. David McCallum sugiere a este respecto reflexionando sobre el liderazgo ignaciano, asumir en el servicio

de liderazgo la volatilidad, la incertidumbre, la complejidad y la ambigüedad. Y lo expresa así: «Para abordar la realidad actual desde un liderazgo con discernimiento, podemos utilizar el acrónimo, VICA por las características que presenta: Volatilidad, Incertidumbre, Complejidad y Ambigüedad. VICA describe las condiciones en que podríamos estar viviendo y liderando hoy. Significa que estamos tratando constantemente con lo desconocido y es natural que experimentemos miedo y angustia y busquemos el refugio de lo conocido. Como líderes [ignacianos] hemos de buscar la gracia para ser más capaces de detener el miedo y encontrar de nuevo un lugar de paz interior y equilibrio, para no reaccionar mezquinamente, con angustia o inseguridad y, en cambio, poder ser creativos y ver a las condiciones VICA como un verdadero campo de posibilidades a ser trabajadas»¹⁰.

El cuarto, la *escucha*. Porque no existe un liderazgo comprometido con la libertad evangélica si no se ejercita en la praxis de

la escucha. Es ese ejercicio evangélico el que posibilita que los criterios no nazcan de la pura individualidad, sino que estén habitados e impregnados de la vivencia y participación de todos. El liderazgo es expresión de comunión cuando se sostiene en la escucha de lo que el ritmo evangélico va dejando en las vidas de quienes integran la comunidad o congregación. Es muy necesario insistir en nuestro tiempo en esta cualidad de la escucha, porque: «ser escuchados es un derecho de todos, pero tomar consejos a partir de la escucha es un deber propio de quien ejerce la autoridad»¹¹. De tal manera que si no se diese esa escucha de la realidad, las propuestas del liderazgo se separarían abiertamente de la libertad, para ser una expresión de falsa urgencia y autocomplacencia.

Finalmente, el quinto, y no menos importante, la *temporalidad*. El ritmo de responsabilidad facilita la conexión evangélica; quien lidera sabe dejarse liderar y contribuir al liderazgo comunitario. Hemos aludido como la perpetuación de cargos en las mismas personas es uno de los signos más delicados que arrastra la Iglesia y la vida consagrada y que la sinodalidad pretende desbloquear. La praxis de frecuente discernimiento para asumir el servicio de animación, sabiendo que tiene un tiempo de desarrollo y otro, próximo, de descanso nos recuerda de manera fehaciente que el liderazgo no es un logro de uno mismo o para uno mismo, sino un servicio por y para la comunión. En la misma línea se inscribe la responsabilidad o la necesidad de rendir cuentas. La voz de Dios, presente en el liderazgo, se transmite de manera privilegiada por el don de la comunidad, son los hermanos y hermanas los verdaderos depositarios o depositarias de un liderazgo que solo Jesús, en estricto sentido, posee. Son también los hermanos los que pueden y deben

ejercer un servicio fraterno y crítico de evaluación y responsabilidad sobre aquellos y aquellas que han designado como sus líderes o moderadores. Se suele designar este ejercicio con el término *accountability*. Y sin degenerar en un estilo híper-evaluativo que no deje lugar a la vida y la espontaneidad, es muy necesario para desterrar prácticas que en tiempos no tan lejanos nos dejaron episodios dolorosos de los que nos cuesta rehacer-nos. La expresión más honesta y clara del liderazgo libre es que sabe llegar, sin sobre-actuar, y sabe marchar, sin nostalgia. 

1 ALONSO, SEVERINO M^a, *La autoridad en la vida consagrada*, Pcl, Madrid 2008. 183.

2 LALOUX, FREDERIC, *Reinventar las organizaciones*, Arpa editores, Barcelona 2015. 301.

3 CZERNY, MICHAEL, *El mensaje de Fratelli tutti para los religiosos contemporáneos*, en Concilium 395 (2022/2). 320.

4 CUCCI, G., *Introducción*, en CERNUZIO, SALVATORE, *Cae el velo del silencio*, San Pablo, Madrid 2022. 15-16.

5 Cf. BELLIDO, JUAN, *Bienestar centrado en emociones*, Khaf, Madrid 2022. 267-280.

6 *Ibid.* 275.

7 Cf. MARCET, XAVIER, *Los directivos humildes vencen*, (07/04/2018), en Diario La Vanguardia, <https://www.lavanguardia.com/edicion-impresa/20180407/442279029448/los-directivos-humildes-vencen.html> [página consultada el 13.07.2019].

8 MCCALLUM, DAVID, *Liderazgo sinodal y discernimiento ignaciano* (27.06.2022) [Christus], en <https://christus.jesuitasmexico.org/liderazgo-sinodal-y-discernimiento-ignaciano/> [página consultada el 13.10.2022].

9 MCCALLUM, DAVID, *Liderazgo sinodal y discernimiento ignaciano* (27.06.2022) [Christus], en <https://christus.jesuitasmexico.org/liderazgo-sinodal-y-discernimiento-ignaciano/> [página consultada el 13.10.2022].

10 MCCALLUM, DAVID, *Liderazgo sinodal y discernimiento ignaciano* (27.06.2022) [Christus], en <https://christus.jesuitasmexico.org/liderazgo-sinodal-y-discernimiento-ignaciano/> [página consultada el 13.10.2022].

11 LUCIANI, RAFAEL, *Del Sínodo sobre sinodalidad a la sinodalización de toda la Iglesia*, en Iglesia Viva 287 (Jul-Sep.2021)111.



¿Todos Santos?

CRISTINA INOGÉS SANZ

LAICA. TEÓLOGA. COMISIÓN METODOLÓGICA DEL SÍNODO DE OBISPOS

Esa debería ser la tendencia. A eso estamos llamados. ¿Somos todos santos ya? ¿Cómo ser santos? ¿Con grandes sacrificios? ¿Con grandes privaciones? ¿Siendo desgraciados y viviendo rodeados de infelicidad en esta vida? ¿Siendo héroes?

La santidad y la heroicidad no siempre van de la mano. No todos los santos han sido grandes héroes a los que les ha tocado vivir un momento excepcional. No todos vamos a encontrarnos con esas situaciones excepcionales. La mayoría de nosotros vivimos vidas de lo más normalitas.

En la solemnidad de Todos los Santos, escuchamos muchos comentarios y reflexiones en torno a la palabra santos, pero casi ninguna en torno a la palabra todos. Y no

me refiero a todos los santos que no figuran como canonizados, me refiero a que todos somos santos porque fuimos creados por el Santo de los Santos que hizo el cielo y la tierra. La palabra todos es la afirmación de la acogida sincera, de la integración sin exigencias previas, de la plena realidad de ser hijos de Dios.

Con la cantidad de días internacionales que hay, no existe el Día Internacional de Todos/as. Con la celebración de esta solemnidad, nosotros, sí celebramos ese canto a la vida de todos, a las ilusiones de todos, a la diversidad de todos... Somos santos si nuestra vida se desgasta en construir felicidad, unidad, comprensión, aceptación de todos y para todos, si prestamos nuestra voz a los que faltan, mientras se van incorporando a su ritmo.

No son nuestros méritos los que nos hacen santos. Jesús no nos dejó un código de prohibiciones y penas si no cumplíamos ciertas leyes. Jesús nos dejó una forma de vida en la que divertirse y pasarlo bien no está prohibido (por algo lo llamarían a Él comilón y bebedor, aunque fueran sus enemigos quienes lo dijeran), sino que es propio del ser humano.

Estaría bien que este año, cuando celebremos la solemnidad de Todos los Santos, alguien resaltara el todos sobre los santos. Y estaría mucho mejor que en nuestras celebraciones alrededor del altar ese día de verdad estuviéramos todos. Sin preguntas, sin prejuicios. Simplemente celebrando que es nuestro día porque, alguien que nos ama con locura, pensó en todos al crearnos iguales y hacerlo por amor.



Conversaciones comunitarias: fuerza transformadora y revolucionaria

No hay sinodalidad sin conversación, es decir, sin conversaciones a lo largo del camino que recorreremos juntos

José Cristo Rey García Paredes, cmf
Consejo de dirección de VR

Tenemos la convicción de que, mientras conversamos a lo largo del camino, un acompañante invisible se nos acerca y nos pregunta: “¿Qué conversación lleváis por el camino?” (Lc 24,17).

Decía Octavio Paz, Nóbel de literatura en 1990 que “un pueblo comienza a corromperse cuando se corrompe su gramática y su lengua”.

Hoy hablamos mucho, pero las palabras no significan nada. Nos apoyamos en ellas para seguir hablando, conscientes de que no significan nada.

También en la Iglesia tenemos el peligro del “hablar vacío”: homilías, documentos, palabras que se dirigen al aire, sin pensar en quien debe leer y escuchar: “Que toda palabra escuchada sea para nosotros enseñanza, que toda palabra dicha sea motivo de consuelo” (Maria di Campello).

No confundamos la auténtica conversación con el decir dicharachero.

EL “PORQUÉ” DE LA “CONVERSACIÓN”

Uno de los males más serios que puede afectar a una comunidad es la poca o nula calidad de sus conversaciones. Se constata en la obviedad de lo que se dice (¡hace calor o frío!, dice la radio o la TV...), o en los silencios que median en una reunión comunitaria (unos que hablan por hablar porque no soportan el estar juntos en silencio, y otros que sistemáticamente callan y se muestran desconectados).

Una conversación carece de calidad cuando se evita en ella compartir ideas, sentimientos, sueños; cuando se recurre al tópico, a lugares comunes, a frases con poco o nulo sentido. El resultado suele ser la emergencia de un ambiente de relaciones vulgares, poco significativas, estériles. ¡Nada extraño que tales reuniones resulten poco deseables y pesadas!

LOS TIEMPOS DEL SILENCIO

Pasaron ya los tiempos en que tanto se valoraba el silencio. Hasta nos confesábamos de “haber faltado al silencio”.

En contrapartida, nuevas líneas de espiritualidad nos piden hoy hacer del silencio la matriz de nuestra vida espiritual: “En el centro soy silencio” —dice un maestro espiritual actual—. O también se nos invita a formar parte de “los amigos del silencio”.

En este contexto resulta curiosa la invitación a ser “amigos de la conversación”, a crear “comunidades conversacionales”. Esta invitación no quiere decir que hablar por hablar sea bueno, porque eso no cambia necesariamente los sentimientos o las ideas propias o las de los demás¹. Lo que sí es muy bueno es entablar conversaciones significativas, generativas. Y estas conversaciones sí que nacen del “silencio” o entrada en el misterio interior de cada uno de nosotros. Quien conversa consigo mismo y con el Misterio que nos habita, después conversa con los demás. La auténtica conversación “convierte y nos hace obedientes a la verdad” (Humberto Maturana), transforma. Existen muchísimos poemas sobre el amor; prácticamente ninguno sobre la conversación. Conversar puede ser peligroso para el *status quo*.

HACIA LA “NUEVA CONVERSACIÓN” DEL SIGLO XXI: LOS TEMAS

Cada nueva época cambia sus grandes temas de conversación. También hoy nuestros temas de conversación —y me refiero ahora a nuestras comunidades y también a las familias— cambian o deben cambiar.

Hay quienes reclaman la “nueva conversación” del siglo XXI. Ésta no debe tener como objetivo desarrollar el habla, sino cambiar a las personas, prender en ellas fuego. Es mucho más que emitir y recibir información, o intentar sorprender a los demás con



nuestras palabras. La auténtica conversación nos lleva a entrar en una aventura, porque nos pone en trance de cambiar nuestra manera de ver el mundo e incluso puede cambiar el mundo a causa de la maravillosa ecología de las ideas o de la mente.

Las personas escépticas, para quienes nuestro mundo está regido por el determinismo de las fuerzas económicas, políticas o por las superpotencias, el conversar no sirve de nada: es bla-bla-bla. Para tales personas conversar es inútil: pura distracción, pura tertulia y diversión; y añaden: “¡conversando... nada cambia!”.

Quienes quieren que nada cambie desconfían de las conversaciones

Quienes, sin embargo, entienden que la fuerza que rige el mundo es el amor, la cooperación, el inter-cambio cultural, generacional, religioso... ya no hay escepticismo, sino esperanza: ¡las conversaciones pueden cambiar el mundo! Jesús mantuvo una extraordinaria y sorprendente conversación con

la humanidad de su tiempo. La inició en un pequeño espacio de la tierra... pero después sus ondas llegaron los confines del Imperio romano. ¿No sucedió así en el

Renacimiento, la Ilustración, la Modernidad, la Posmodernidad...? ¡Revoluciones que surgieron de conversaciones!

Hoy estamos necesitando un nuevo discurso, un nuevo relato... “nuevas conversaciones”. Las conversaciones expanden nuestra conciencia. Y así lo constatamos. ¡Nuestra conciencia puede abrirse hoy a una extraordinaria expansión!

Quienes, en cambio, desean mantener el *statu quo*, que nada cambie, sospechan y se sienten amenazados por las conversaciones y hay quienes introducen palabras-talismán para acallar las protestas: palabras utilizadas como armas de guerra—más poderosas que cañones—para subyugar a millones.

EL ARTE DE LAS CONVERSACIONES “GENERATIVAS”

Hoy nos preguntamos: ¿qué estamos haciendo con nuestro poder conversacional? No conversamos para dar información ni meter ideas en la cabeza de los demás. Conversamos para hacer que se encuentren nuestras mentes, aporten sus recuerdos y costumbres distintas. La conversación es como una chispa que brota de dos mentes. Las pausas en una conversación no hacen ningún daño. Ayudan a re-pensar. Personas calladas han sido capaces de expresar sus ideas y nos han sorprendido. “Generar una conversación entre iguales es, en este momento, el arte supremo”.

Mediante el intercambio verbal, contribuimos al desarrollo intelectual, moral, emocional. Estamos entrando en una nueva era de la conversación.

En esta aventura, la comida familiar desempeña un papel central... una buena conversación durante la comida es un arte que aún tenemos que desarrollar. Comer

juntos ha sido con frecuencia un acto parecido a un servicio religioso, que celebraba el hecho de estar juntos y pertenecer a la misma comunidad, pero que no implicaba necesariamente una conversación. Mantener una conversación durante las comidas implica un tipo de hambre especial.

El gran filósofo francés de la gastronomía Brillat-Savarin distingue entre los placeres de la comida y los placeres de la mesa. De los placeres de la mesa forma parte importantísima la charla agradable sobre temas que valen la pena. Compartir los alimentos puede contribuir a crear una sensación de bienestar y simpatía, pero también ofrece mucho más. Si siempre sirves exactamente el mismo tipo de alimentos, pronto se acabarán las cosas que se pueden decir sobre estos... En la actualidad estamos empezando a regresar a la idea de que comer consiste en participar en el proceso de la naturaleza.

La conversación, como las familias, muere cuando es endogámica. O cuando nuestros invitados tienen más o menos las mismas experiencias que nosotros. Resulta raro que personas de la misma profesión o con las mismas aficiones produzcan una charla inspiradora cuando se encuentran. La comida familiar o comunitaria es ideal para dejar de hablar de trabajo y para mezclar diferentes tipos de conversaciones, explorar territorios nuevos.

No olvidéis la hospitalidad... porque por ella, sin saberlo, algunos hospedaron ángeles (Heb 13,2).

En la sociedad posmoderna y digital de hoy se observan escenas donde los iPad, las tablets, los móviles, dominan abrumadora-

Quien conversa con Dios siente el impulso hacia acciones atrevidas

mente el contacto humano. La mente, multiestimulada está distraída. Prima lo urgente sobre lo importante, la velocidad, sobre la calma.

EL ARTE DE LA CONVERSACIÓN DICE QUE “OTRA COMUNIDAD ES POSIBLE”

Hemos de recuperar el arte de la conversación en nuestras comunidades. Así volveremos a ser comunidades para el encuentro de mentes, corazones que intercambian y comparten experiencias, intuiciones, dudas, miedos. Una conversación fluye y avanza sorteando barreras. La conversación no solo vuelve a barajar las cartas, ¡crea cartas nuevas!

La conversación requiere la capacidad de: formular preguntas inteligentes, escuchar con empatía y paciencia, ponderar el silencio, interlocutor sonoro, leer los mensajes de un cuerpo maltratado (mirada, timbre de voz, postura, gesto, expresarnos con brevedad y claridad –es ahí donde más brilla la palabra–).

“Pensar es hablar con uno mismo, conversar es encuentro y creatividad”. La charla sin reflexión está vacía. Cambia la forma de pensar y ayudarás a cambiar el mundo. Escribe Theodore Zeldin: “Considero que pensar consiste en juntar ideas, que las ideas jueguen entre ellas, que aprendan a bailar y a abrazarse. Esto lo aprecio como un placer sensual. Las ideas nadan constantemente en el cerebro, buscando como si fueran esperma el óvulo con el que puedan unirse para producir una nueva idea. El cerebro está lleno de ideas solitarias que le están pidiendo que les dé sentido y que las reconozca como interesantes. El cerebro perezoso solo las clasifica en viejos compartimentos, como un burócrata “que quiere una vida fácil. El cerebro activo recoge, elige y crea nuevas obras de arte a partir de las ideas”².

CONVERSACIONES CON DIOS

Hay, en fin, muchas personas que afirman que mantienen conversaciones con Dios. La Biblia nos ofrece tales conversaciones en las más variadas circunstancias. Los Salmos tiene frecuentemente la configuración de auténticas conversaciones con el Misterio divino: conversaciones de alabanza o de lamentación, de súplica o de acción de gracias.

Las conversaciones con Dios han tenido una influencia enorme en el comportamiento de la gente y de los pueblos a lo largo de la historia. Quien conversa con Dios siente el impulso y la incitación hacia acciones atrevidas, o el consuelo en situaciones de infortunio. La conversación de los místicos puede proporcionar un buen punto de partida para la discusión sobre el arte del desapego, de no sentirse abrumado por el sufrimiento humano.

CONVERSACIONES CON “LOS OTROS”

La conversación nos enfrenta con la complejidad humana de cada persona, de cada individuo, de cada grupo. El conversar con toda esa complejidad nos vuelve humildes, pero también nos inyecta el gozo de compartir la humanidad con “otros” en el respeto mutuo. Después de semejantes conversaciones, algo se transforma en nosotros. No seguimos siendo la misma persona.

Estamos en el tiempo de lo “inter”, de la expansión de la conciencia, de la nueva conciencia. La conversación convierte y transforma. **VR**

1 Cf. THEODORE ZELDIN, *Conversation*, The Harvill Press, London, 1998.

2 THEODORE ZELDIN, *Conversación. Cómo el diálogo puede transformar tu vida: 6. Cómo la conversación estimula el encuentro de las mentes*, Plataforma Editorial (2 enero 2019).



Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS

Terneros cebados

Al hacer una lista de los personajes que aparecen en la parábola del padre misericordioso, además de él y sus dos hijos, aparece nombrado dos veces el ternero cebado y con tanta precisión que parece uno más de la familia. Para el padre, la decisión de que lo preparen para la fiesta de celebración del hijo reencontrado supone el colmo del agasajo; pero el que lo sacrifiquen, es para el hijo mayor el mayor agravio y se ve que le importa el ternero mucho más que el traje, las sandalias, el anillo, la música o el banquete en honor de su hermano. Imagino que la valoración otorgada al ternero está en proporción directa al tiempo y dinero invertidos en su cuidado y engorde y eso me permite recordar así una frase del zorro al Principito: “Es el tiempo perdido por tu ternero lo que lo hace tan importante para ti...”.

Bajando al particular de nuestra vida, pienso en que

todos vamos por la vida con nuestro ternero cebado en el que posiblemente hemos invertido esfuerzos y dedicación, pero que, como nos descuidemos, puede derivar de mala manera. Y llegar a convertirse en un “irrenunciable” al que nos aferramos de manera más o menos consciente bajo distintos nombres: una comunidad, un trabajo, una costumbre, una idea, un objeto, una manía: “Estoy dispuesta o dispuesto a lo que sea, pero que no me toquen –pidan, cambien o cuestionen– mi ternero cebado”.

Una comunidad tiene entonces que resolver cómo gestionar los terneros de cada cual, y la lista resulta a veces inconfesable de puro ridículo: que el café esté bien cargado, que no haya ruido en el pasillo, que no se bajen las persianas, que se suban las persianas, que no abran la ventana porque hay corriente, que abran la ventana para ventilar, que no se hable en el telediario, que me dejen

manejar a mí el mando de la TV... No somos los primeros en apegarnos a cualquier tipo de aficiones y san Juan de la Cruz les pone nombres: “Una común costumbre de hablar mucho, un asimientillo a alguna cosa que nunca acaba de querer vencer, así como a persona, a vestido, a libro, celda, tal manera de comida y otras conversacioncillas y gustillos en querer gustar de las cosas, saber y oír, y otras semejantes” (1 Sub 11,4).

Además del efecto relativizador de los diminutivos –asimientillo, conversacioncillas, gustillos–, añade dos ejemplos geniales: el de los hilos delgados que no dejan volar al pájaro, o el de los pececillos que se pegan a la quilla de la nave y se convierten en una rémora que le impide llegar a puerto.

Y como en otro aviso espiritual invita al alma a decirle a Dios: “toma mi cornadillo” (monedilla de bajo valor), podemos apropiarnos de su lenguaje delante del Señor: “Porque si, en fin, ha de ser gracia y misericordia la que en tu Hijo te pido, toma mi ternero cebado, pues le quieres, y dame este bien, pues que tú también lo quieres”.

RETIRO MENSUAL



9 LA MIRADA DE DIOS. LA
MIRADA CONTEMPLATIVA
DE NUESTROS ICONOS

ÁLVARO R. ECHEVERRÍA, FSC

LA MIRADA DE DIOS. LA MIRADA CONTEMPLATIVA DE NUESTROS ICONOS

Los “iconos” están de moda. Para algunos se trata simplemente de una cuestión estética. Otros ven en ellos algo exótico que los atrae irresistiblemente sin saber exactamente por qué. Otros, en fin, creyentes y no creyentes, reconocen en ellos una fuerza espiritual característica de las iglesias de Oriente. Y aún en las iglesias de occidente, más marcadas por fuertes corrientes iconoclastas que tendían a rechazarlos, nos dejamos tocar el corazón por la misteriosa belleza de los mismos. Los jóvenes de hoy, sobre todo, más sensibles a la imagen en una civilización de la imagen, se sorprenden de la luminosidad de esos iconos, una luz que viene de otra parte, una luz que les habla de Dios y de la persona humana.

En efecto, lo creyentes encontramos algo más que misterioso en la belleza y verdad de los iconos. Esa atracción nos llena de gozo porque sospechamos que esa belleza y esa verdad salen de la mirada misma de Dios. En Él, en la contemplación silenciosa desde el fondo del corazón, podemos escuchar las energías divinas que sostienen al mundo y que conducen la historia, y nos hacen vibrar con el corazón de este mundo y de nuestra historia ya trasfigurados.

Algunos se refieren a los iconos como “ventanas que se abren sobre lo Absoluto”, que nos permiten mirar nuestra realidad

con la mirada misma de Dios, que nos ayudan a trascender. Esa ventana permite que irrumpa entre nosotros la gloria de la belleza del Reino prometido. Y ese Reino es pre-gustado aquí y ahora, anticipadamente, en nuestra realidad ya transfigurada o quizás mejor, en proceso de transfiguración. Así, el “icono” no provoca simplemente una respuesta intelectual, sino que permite una mirada y una lectura donde se articulan los afectos, la sensibilidad, la razón, la imaginación y las pulsiones, los deseos más profundos, conscientes o inconsciente

Por extensión también podríamos hablar de los iconos de nuestras vidas, desde nuestro propio lugar en la historia. Nuestros iconos contemporáneos son aquellas personas aquellos hechos vividos con nuestros Hermanos y Hermanas y con todas las personas con quienes nos hemos relacionado a lo largo de nuestro itinerario personal. Esas personas y esos eventos son tanto más significativos en cuanto que pasan a ser referentes que apuntan hacia el Misterio de Cristo y nos impulsan a vivir más profundamente los valores centrales de nuestra vida de consagrados y consagradas. (Cf. Miguel Campos, fsc., *Los iconos y la vida consagrada*, Roma 2006).

Nuevo lenguaje: Iconos: bíblicos

A lo largo del Congreso de vida consagrada del 2004 se ha repetido muchas veces que algo nuevo está naciendo. No se trata del tiempo futuro sino de una realidad presente ciertamente balbuciente pero real. Entre otras notas podríamos señalar los signos de una vida consagrada más consciente de su diversidad en la comunión, en actitud de escucha, discernimiento y búsqueda, centrada en el Evangelio y en función del Reino,

servidora, abierta a lo universal (inculturación-interculturalidad, intercongregacionalidad, itinerancia), articulada cada vez más en torno a familias carismáticas, con una intensa pasión por Cristo y por la humanidad, particularmente la humanidad pobre y doliente. Una vida religiosa que también se siente vulnerable y frágil.

Expresar lo anterior nos invita a un nuevo lenguaje. Un lenguaje que favorezca la comunión y acreciente la pasión; menos racional y teórico, más intuitivo y vital. Un lenguaje que haga más significativa la vida consagrada a los hombres y mujeres de hoy, sobre todo a los jóvenes. Un lenguaje que no puede limitarse solamente a las palabras. La contemplación de los iconos nos permite sumergirnos en un nuevo lenguaje.

Vita consecrata parte del icono de la Transfiguración como símbolo explicativo de la vocación especial a la vida consagrada y de sus trazos esenciales. El Congreso del 2004, toma como iconos de nuestra vida consagrada a la samaritana y al samaritano. Dolores Aleixandre ha hecho una maravillosa lectura de este doble icono y personalmente pienso en el icono de Emaús como una profunda llamada al encuentro del Señor resucitado razón y ser de nuestra vida consagrada. Y en esta misma sintonía pascual, la CLAR nos presenta para el trienio que acaba de comenzar el icono de las Mujeres del Alba. Por eso los invito y las invito a la contemplación de estos tres iconos.

El icono de la Transfiguración

En el fondo este lenguaje quiere expresar que Jesús tiene una enorme capacidad de seducción y que es capaz de transfigurar la vida de sus seguidores y configurarla según el Espíritu y la voluntad del Padre. El icono de

la Transfiguración ofrece una imagen poderosa y llena de recursos para entender la identidad de la vocación a la vida consagrada. Es una imagen trinitaria, capaz de explicar el sentido más profundo de esta forma de vida, como seducción por la belleza y energía para la misión. La vida consagrada aparece, así como un estilo de vida que intenta confesar el Misterio de la Trinidad en la que se ha visto envuelta (José Cristo Rey García Paredes).

La Transfiguración es un signo del poder de transformación que Jesús nos ofrece. Una invitación a escucharlo y a seguirlo hasta las últimas consecuencias, una exigente invitación a conformarnos con Él. El misterio de la Transfiguración, con la presencia del misterio de la cruz, nos permite captar que la vocación a la vida consagrada, a pesar de sus renunciaciones y pruebas, y más aún gracias a ellas, es camino de luz, sobre el que vela la mirada de Redentor: Levantaos, no tengáis miedo (VC 40).

A continuación, en nuestra mirada contemplativa del icono de la Transfiguración voy a inspirarme y seguir casi literalmente la hermosa presentación que hizo el Padre franciscano Mikel Hernansanz, en un retiro a un grupo de nuestros Hermanos de España en el 2010.

Un nuevo lenguaje que favorece la comunión y acrecienta la pasión

Entramos en la Transfiguración porque intuimos que en ella asoma uno de los secretos más valiosos de Jesús: “Nada sin mi Padre”, “Mi alimento es hacer la voluntad del Padre”...

Y en esos momentos a Jesús le nace una necesidad radical de volver al Padre. Necesita leer junto a él el momento dramático que está viviendo. Necesita acudir al que siempre estuvo presente. La transfiguración nos invita a identificarnos con Jesús y acudir como Él al Padre. Jesús puso delante del Padre sus

Hay situaciones que uno solo puede vivir cara a cara con Dios

experiencias de realismo, de fracasos, su miedo. Y recibió a cambio una experiencia honda de confianza. Así es el Padre, no suele cambiar la realidad de fuera, pero vuelve a afirmar que su presencia y su gracia nos bastan para sostenernos.

Jesús acude al Padre y nos alegra inmensamente que no lo haga solo, que aún en los momentos de mayor densidad personal se lleve consigo a sus amigos. Que les haga el inmenso honor de compartir su intimidad, su fragilidad personal y su necesidad de retomar la vida. Es una suerte que los haga así testigos de la vida que hay ente el Padre y el Hijo. Ojalá esta sea nuestra experiencia y que podamos ofrecer nuestra fragilidad e ilusiones a nuestros hermanos y hermanas y compartir las suyas. Pero como Jesús sabemos que hay situaciones en la vida que uno ya solo puede vivir cara a cara con Dios. Dice el evangelista: “Mientras sonaba la voz, Jesús se quedó solo”. Solo con el Padre. El corazón del Padre junto al corazón del Hijo. Hay lugares en nuestra vida, rincones personales a los que solo puede llegar, en el mejor de los casos, la presencia silenciosa y reparadora

de Dios. Ahí estamos extrañamente solos. Solos con el Padre.

El descubrimiento de Jesús en el Tabor fue descubrir que todo futuro, incluso el futuro tan negro que se le avecinaba, todo futuro está habitado por la presencia y la acción de Dios. Jesús no supo por adelantado lo que le iba a pasar. En realidad, esta especie de ignorancia es lo que le da belleza a la vida de Jesús. Precisamente porque vivió toda su vida en una actitud de atención y también de disponibilidad permanente al Padre. Jesús entró en el misterio del Padre y descubrió que su misión a partir de ahora consistía en confiar, en dejárselo todo en sus manos...

La samaritana y el samaritano

El Congreso de Vida Consagrada celebrado en noviembre del 2004, recogiendo las aspiraciones e inquietudes de muchos religiosos y religiosas, nos presentó, paradójicamente, dos iconos: La samaritana y el samaritano sumamente representativos y sugestivos para nosotros, religiosos del comienzo del siglo XXI. El primero nos indica, por una parte, “la búsqueda espiritual apasionada del agua viva, la pasión contemplativa” que tiene que animar la vida consagrada. Porque debemos estar convencidos de que el compromiso por el anuncio del Evangelio es consecuencia del encuentro con Dios. Esta sintonía, más aún, identidad, con el único necesario (Lc 10,42), es el código de donde brotarán las intenciones, apreciaciones y actitudes que deseamos aportar como alternativa a los desafíos que presenta el mundo de hoy al Evangelio.

Y, en el segundo, por otra parte, con la tradición teológica y pastoral de la Iglesia, vemos un reflejo de la humanidad herida y abandonada a sí misma, y de la compasión de Dios

que, a través de su Hijo, se inclina para curarla. Las palabras de Jesús a su interlocutor, haz tú lo mismo (Lc 10, 37), las consideramos un desafío al que queremos responder con la misma sensibilidad y audacia que Él durante sus tres años de vida pública. Nos sentimos profundamente afectados por tantos rostros desfigurados de nuestros semejantes en los cinco continentes por distintas causas: guerra, violencia, terrorismo, discriminación, racismo, exclusión, emigrantes y refugiados, hambre, etc. Todos ellos deforman también el rostro de Dios a cuya semejanza estamos hechos. Esto no puede dejarnos indiferentes a nosotros que nos hemos propuesto rehacer la imagen de Dios para que sea reconocida y respetada en todas y cada una de las personas, sin distinción de edad, género y posición social.

Como lo expresa el documento final, la samaritana y el samaritano se convierten para nosotros en mistagogos de una contemplación comprometida y de una misericordia contemplativa. En los dos se integran armoniosamente contemplación y acción: la samaritana experimenta a Jesús y va a anunciarlo; el samaritano descubre en el prójimo que sufre, el rostro de Dios y lo socorre. Esta integración entre contemplación comprometida y misericordia contemplativa, es la mejor manera de vivir el espíritu del Instituto en sus dos dimensiones de fe y celo para continuar juntos la misión de Jesús como enviado del Padre, fortalecidos por el Espíritu: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Juan 10, 10).

Cada uno de nosotros puede tener su propio icono bíblico sobre el significado de la vida consagrada. Lo importante es no manipularlo de acuerdo a nuestros intereses particulares sino dejarnos llevar por el Espíritu y estar atentos a ese viento que no sabemos

de dónde viene ni a dónde va. Así por ejemplo la Hermana brasileña Elsa Ribeiro, antigua presidenta de la CLAR en una de sus presentaciones compartía el suyo: Me gusta contemplar como icono para la vida religiosa de este momento histórico, la parábola del banquete: somos siervas y siervos, aquellas y aquellos a quienes el Dueño de la Fiesta ordena salir por las calles, caminos y encrucijadas, por los tugurios y cortijos, por las periferias, desierto y fronteras, por las noches violentas y violentadas, para invitar a aquellos a quienes el mundo ignora, excluye y discrimina, pero que—seguramente—son los destinatarios del grande proyecto que el Padre tiene para el mundo y la Iglesia en el nuevo milenio.

Icono de Emaús

Personalmente otro icono bíblico que me interpela es el de Emaús (Lc 24, 13-35). Como consagrados y consagradas podemos interiorizar y hacer nuestras las actitudes de Jesús.

Vemos como Jesús sale al encuentro de la humanidad que camina, busca a las personas y camina con ellas para asumir las alegrías y esperanzas, las dificultades y tristezas de la vida. Es de día, pero la oscuridad de aquellos discípulos que huyen de Jerusalén, la llevan dentro. Estamos llamados nosotros también a salir al encuentro de tantos jóve-

Llamados a salir al encuentro de tantos y tantas que no encuentran sentido a su vida

nes, de tantos contemporáneos que no encuentran sentido ni luz en sus vidas.

Jesús comparte el camino de los seres humanos y por un diálogo sencillo y directo

conoce sus preocupaciones y sus sentimientos. Salir al encuentro significa hacer nuestras las preocupaciones, temores, angustias de nuestros hermanos y hermanas, acompañar a nuestros contemporáneos en su itinerario

Tocar y sanar a todos los heridos a la orilla del camino

de fe, asumiendo sus debilidades, sus dudas y su fragilidad. Debemos ofrecer a los jóvenes y al mundo, corazones disponibles para escucharlos, comprenderlos, ponerlos de nuevo en camino.

Jesús ilumina con la Escritura el camino de los hombres, les ilumina su situación y les abre horizontes de esperanza. Nosotros por vocación estamos llamados a ser embajadores y ministros de Jesucristo, nos decía san Juan Bautista De La Salle, portadores de esperanza y a llevar el Evangelio al mundo, a anunciar la Palabra de Dios, convencidos de que todo proceso que respeta a la persona humana es ya apertura a la gracia, que humanizar es ya evangelizar.

Jesús se da a conocer en la fracción del pan revelando su intimidad a los compañeros de camino que en su actitud de compartir reconocen a Aquel que no hizo más que darse a los demás. Nosotros también estamos llamados a compartir juntos los trabajos, las necesidades y los bienes vinculados a la vida cotidiana. Compartir el pan de los afectos, relaciones, servicios. Compartir el pan de los proyectos, de las decisiones, de las actividades y funciones. Compartir el pan de la Eucaristía, que nos convierte en alimento de nuestros

hermanos, hermanas y de todos los que Dios ha puesto bajo nuestro cuidado.

Jesús es anunciado por sus discípulos. Jesús desaparece, pero los discípulos impulsados por un nuevo ardor, salen gozosos a emprender su tarea misionera. Ahora la oscuridad es del entorno y la luz la llevan adentro por el encuentro con Jesús. Volver a Jerusalén es retomar la causa de Jesús es volver a la comunidad, es un espacio de fraternidad, es reavivar nuestra fidelidad a la vocación, es ser enviado por la comunidad a llevar el Evangelio a todos los rincones del mundo.

Creo que el relato de Emaús puede iluminar la experiencia que estamos viviendo hoy como vida consagrada. Los dos discípulos que se alejan, han perdido la brújula, la fuerza que los animaba, el sentido de su ministerio, la unión de la comunidad que los sostenía. Como Hermanos, hermanas y comunidades podemos también nosotros perder la finalidad que da sentido a nuestras vidas, la cohesión comunitaria, la esperanza que nos sostiene, la espiritualidad que nos alimenta, las expectativas que nos animan. Nosotros esperábamos. . . Sin embargo, el relato da un vuelco dramático cuando el peregrino que los acompaña les abre los ojos y el corazón con el discernimiento de la Palabra y en la acción ritual de tomar el pan, bendecirlo y dárselo. Es en este momento en el que reconocen a Jesús y refundan su vida en el Señor resucitado. La Palabra viva ha hecho irrupción dentro de la historia. Señor quédate con nosotros. La Escritura como Palabra viva que orienta y la Eucaristía como pan que alimenta son los componentes fundamentales de toda resignificación de nuestra vida consagrada y de nuestra conversión personal.

Gracias a Jesús, sabiduría de Dios, y alimentados con la Eucaristía, los dos discípulos

han hecho una reinterpretación de la Escritura, una nueva lectura de la Palabra como memorial de una historia que continúa, como búsqueda sapiencial e incansable de la verdad, como llamada profética a la conversión. Y vuelven corriendo a la comunidad misionera para discernir las urgentes necesidades de los pobres, escuchar y sentir el sufrimiento de los hombres, tocar solidariamente y sanar los que han quedado heridos a la orilla del camino y anunciar la buena noticia a los pobres. Todo un plan de vida para nosotros.

Quiero detenerme en el compartir el pan, en la cena de Emaús que me recuerda aquel texto del Apocalipsis: Cenaré con él y él conmigo (Ap 3,20) Si la vida religiosa es fundamentalmente cuestión de amor, supone, exige, pero no como un imperativo moral sino como un imperativo existencial, momentos de encuentro profundo, prolongado, frecuente, con quien sabemos nos ama. Lo amamos porque Él nos amó primero. No se trata de ganarme el amor de Dios porque es un amor gratuito. Se trata más bien de responder, de exponerme a su luz, a su misericordia, a su poder, como me expongo al sol en la playa. Y este exponerme al sol de Dios me lleva insensiblemente hacia el mundo, los jóvenes, los pobres, mis semejantes. Kierkegaard expresaba lo anterior con la imagen de dos puertas. Cuando abrimos la puerta a Dios, automáticamente se abre la puerta del prójimo y si cerramos la puerta a nuestro prójimo, automáticamente cerramos también la puerta a Dios.

Porque es tarde, Dios mío,
porque anochece ya,
y se nubla el camino;
porque temo perder

las huellas que he seguido,
no me dejes tan sola
y quédate conmigo.
Porque he sido rebelde
y he buscado el peligro,
y escudriñé curiosa
las cumbres y el abismo,
perdóname, Señor,
y quédate conmigo.

Porque ardo en sed de Ti
y en hambre de tu trigo,
ven, siéntate a mi mesa;
bendice el pan y el vino.
¡Qué aprisa cae la tarde!...
¡Quédate al fin conmigo!

Emaús, Ernestina de Champourcin

Conclusión. El icono del Éxodo

Hoy, más que ayer, como nos lo recuerda el teólogo y poeta belga Gabriel Ringlet de la Universidad de Lovaina, se trata de un salir de Egipto, de pasar el mar Rojo y de encontrar pueblos extraños, en búsqueda de aquello que es posible y nuevo. ¿Cómo podemos leer esta invitación?

Salir de Egipto, del Egipto de nuestras seguridades y certezas para mirar con ojos

**Salir de nuestras seguridades
para aprender a ver
con los ojos de Jesús**

nuevos, los de Jesús, las urgencias que viven nuestros contemporáneos y especialmente los pobres y excluidos del proceso de globalización que estamos viviendo en todos los continentes.

Pasar el Mar Rojo de nuestras inseguridades e incertidumbres. De estilos de vida secularizados, desapasionados, desilusionados y consumistas, que no revelan al mundo la pasión de Dios por los pobres y por los más desheredados de esta tierra. Inseguridades e incertidumbres por la disminución de efectivos. Inseguridades e incertidumbres en nuestra vida comunitaria y apostólica que no sabemos siempre integrar. Inseguridades e incertidumbres por la violencia, las guerras, las pandemias y por las situaciones políticas y sociales ante las cuales no siempre sabemos

situarnos desde la óptica evangélica. Inseguridades e incertidumbres ante la poca valoración que hoy sectores de la Iglesia dan a la vida religiosa.

Y, sobre todo, apertura a encontrar pueblos extraños, en nuevos lugares de servicio evangélico, en los nuevos areópagos de que nos habla *Vita consecrata*, abriendo nuestras tiendas a tantos y tantos hombres y mujeres que buscan algo más y desean saciar su sed espiritual o que viven mayores carencias, y a aquellos seculares que hoy quieren compartir nuestra misión y espiritualidad.

PARA NUESTRA REFLEXIÓN

Después de contemplar estos iconos podemos preguntarnos:

1. ¿Hasta qué punto nuestra vida religiosa es una experiencia apasionada de Dios y, hasta qué punto nuestra vida es ante todo seguimiento de Jesús, con la fuerza del Espíritu, en su entrega al Padre y a los hermanos y hermanas?,
2. ¿Hasta qué punto el Reino de Dios que para Jesús fue central y que en palabras de Paulo VI es absoluto y todo el resto relativo (EN 8), es también para nosotros el centro de nuestra misión e intereses?
3. ¿Hasta qué punto somos más un grito del absoluto de Dios que una función; una presencia del Verbo encarnado más que una tarea? y también, si nuestra propia vida espiritual y de oración ¿es un ejercicio a cumplir o una necesidad vital, un imperativo moral o un imperativo existencial?
4. Pero otra pregunta importante es ¿en qué Iglesia y para qué mundo? En el pasado y no en pocos casos todavía

hoy, la Iglesia ha adoptado respecto al mundo unas posturas que han distorsionado su relación con él y por lo mismo han entorpecido su misión pastoral:

- una Iglesia sobre el mundo en actitud y arrogancia;
 - contra el mundo en actitud de condena y descalificación;
 - fuera del mundo con una postura de fuga y de huida;
 - frente al mundo como competidora del poder religioso o secular;
 - paralela al mundo, con su propia historia de salvación, ajena a las luchas de la humanidad o,
 - aliada perversamente con el mundo, traicionando la coherencia y la fidelidad a los valores evangélicos que deben animar su servicio misionero? (Cf. F. MERLOS ARROYO, *Teología contemporánea del ministerio pastoral*, Universidad Pontificia de México, México 2012, p. 510).
- ¿Cuál es nuestra postura?



La tierra baldía

José Tolentino de Mendonça

CARD.- ARZOBISPO. PREFECTO DEL DICASTERO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN

Uno de los libros contemporáneos más llamativos cumple ahora cien años.

Merece la pena leerlo. Se trata de *La tierra baldía* de T.S. Eliot, publicada por primera vez en el último trimestre de 1922. Que un libro de poesía pueda alcanzar un impacto cultural y espiritual tan duradero solo asombra a quien no se haya dado cuenta de lo que, por ejemplo, *La Ilíada* o *La Divina Comedia* representan en la historia del pensamiento humano.

No era un tiempo fácil cuando esta obra germinó. La grotesca Primera Guerra Mundial acababa de terminar y nadie sabía cómo gestionar la catástrofe humana que había representado con sus inexplicables 15 millones de muertos. Pero esos cadáveres amontonados en las trincheras de media Europa, los cráteres desgarrados por la fuerza de las bombas, el gran dolor de un continente en

escombros pedían a gritos que alguien tocara las razones profundas de tal desastre de la civilización. Eso es lo que hará el poeta T.S. Eliot, y *La tierra baldía* será una especie de manifiesto para enfrentarse a una modernidad disonante, donde los árboles no cobijan, y el canto de los grillos no consuela.

Un hecho biográfico que invita a la reflexión es que, durante todo el periodo de gestación de su obra maestra, Eliot, está sumido en una depresión muy severa, como si resumiera en sí mismo el sufrimiento de una época. El primer borrador del libro se completó en un sanatorio de Lausana, donde el poeta estuvo internado entre noviembre de 1921 y enero de 1922. Desde Lausana viajó a París, para reunirse con su esposa, y allí confió al poeta Ezra Pound un paquete de poemas escritos a mano y a máquina. La lectura meticulosa y esclarecedora de Pound contribuyó

en gran medida a la fisonomía final de la obra. No sugirió alternativas a los versos, ni hizo correcciones. Su operación consistió en tallar, quitando más de un tercio al texto inicial. Eliot agradeció esta "escisión poundiana" y le dedicó el libro.

Uno de los rasgos innovadores de la obra de Eliot es el uso de un subtexto que va desde los mitos griegos hasta San Agustín y Dante, desde las adivinanzas infantiles hasta los Evangelios cristianos. El camino que el hombre moderno se encuentra recorriendo es discontinuo y complejo, y Eliot habla de ello. Pero ilumina nuestro camino con la fuerza esperanzadora de una pregunta que nos recuerda a Emaús: "¿Quién es el tercero que camina siempre a tu lado?/Si cuento, solo estamos tú y yo juntos/pero si miro hacia adelante por el camino blanco/siempre hay otro caminando junto a ti?"

MÁS QUE UNA FOTO



ENTREVISTA

«Dios habla en el silencio con amor»

Nuestra vida se acrisola, latido a latido, por la mirada de las personas que se han cruzado en nuestro camino. En ese paso silente, a través de las grietas que embellecen nuestro corazón de barro, Dios va entretejiendo su inmarcesible amor. Y ahí nace el alma contemplativa de Francisco Barrionuevo, de rodillas, tras el velo de una caricia que lo envuelve todo, cara a cara con el Amor

Carlos González García
Periodista y escritor

Es viernes de un otoño vestido a contraluz. El sol tarda en nacer en la ermita de la Virgen de Constantín, de Purujosa (Zaragoza). Allí, en el corazón de la montaña y a las faldas del Moncayo, la vida amanece arropada de un bello silencio porque, a los pies del horizonte, descansa la ternura de Dios. Aún huele a noche, a plenitud, a lágrima habitada. Con la brisa acariciando la piel del alba, despierta la mirada del padre Francisco Barrionuevo. Quedarse rendido por unos segundos en la quietud de sus ojos renueva cada palabra de un credo que, en ocasiones, pronunciamos con la voz semi velada.

Este sacerdote y eremita malagueño de 60 años, que hace 15 decidió habitar—con su Amado—la cueva que ahora le cobija junto a la ermita, te recibe con un abrazo que da sentido al viaje, al encuentro, a la fe. Jesús de Nazaret es el testigo; y su amor, cincelado a fuego lento mediante la pobreza, la virginidad, la obediencia y la vida de desierto, es la ofrenda. Y en Él mora sin desvanecerse, durmiendo sobre una tabla de madera, dentro de una gruta colmada de humedad, viviendo de la Providencia, pero con una alegría que lo envuelve todo: para enseñarnos—en

la palabra desnuda—que el vínculo entre el silencio y Dios es nuestra alma si, en ella, anida el lenguaje del amor...

¿Quién es el padre Francisco Barrionuevo?

Qué pregunta tan difícil... Las personas te van conociendo en la medida en que te vas dejando conocer en Dios. Entonces, lo que procuro es abnegar toda idea de mí mismo para no vivir, precisamente, de una idea, sino de la realidad que se descubre y se va viviendo desde Él. Lo fundamental es que tengo sed de Él, de verdad y de una vida en plenitud. Al final, voy viendo cómo su hacer en mi historia me va moldeando y, lejos de cualquier cliché, lo que en verdad me define es algo—o Alguien, más bien—mucho más profundo.

El Santo Cura de Ars confesó que un día se postró consciente de su nada y se levantó sacerdote... ¿Cómo nació tu vocación sacerdotal?

Mi vocación es el encuentro con Dios, quien me hizo descubrir que me amaba por mí mismo, me enamoró y atrajo mi corazón hasta hacerme suyo. Eso sucede con 14 o 15 años, después de una vida alejada de Él, de la Igle-

sia y de la fe. Gracias al encuentro con personas que portaban un testimonio de una vida cristiana precioso, descubrí que había algo que tocaba mi corazón y correspondía a mi deseo más profundo. Ahí mi vida empieza a cambiar y nace lo más decisivo para mí: descubrir la gracia de la oración. Desde ahí, vislumbro que va siendo el manantial de encuentro, relación y descubrimiento de ese Dios que me llamaba, me amaba, me enamoraba y se iba convirtiendo, cada vez más, en el centro de mi vida. Tenía un deseo profundo de estar unido a Él, centrado en Él, vivir solo para Él y todo desde Él. Entonces, el Señor comienza a poner acontecimientos en mi vida en los que descubro la belleza del sacerdocio, a través de Verbo Encarnado.

¿Todo comienza, entonces, al ser atraído por el Misterio?

Así es. El Verbo se encarna, y para ver a Dios también hay que advertirlo en los signos, en las personas, en los testimonios... Y eso despierta una conciencia de la gracia profunda que hay, sobre todo, en el Misterio de la Eucaristía. Y, de ahí, poco a poco, va brotando el deseo de ser sacerdote de Jesucristo.

Pero un día despierta en tu corazón un anhelo orante que te dice que desea vivir de otro modo...

Te diré que antes, incluso, de la conciencia de la llamada al sacerdocio, está la llamada a la vida de oración expresada, a la unión con Dios. Al principio, lo de ser eremita ni siquiera me lo planteaba, aunque empezaba a leer a san Juan de la Cruz, a santa Teresa y había una relación estrecha con el Carmelo. Aquello tenía que irse desarrollado, y yo solamente me iba dejando enseñar. Ser eremita es un camino largo que Dios va conduciendo y, en el cual, va abriendo puertas y cerrando otras. Te va llevando si tú estás abierto y con una actitud de docilidad profunda, de obediencia al Espíritu Santo, de búsqueda interior y de fiarte de las personas en las que confías tu alma para que moldeen ese cuidado.

¿Y cómo se desarrolla esa inquietud que llevabas encarnada en tus entrañas?

Después de unos años en Toledo, recaló en la diócesis de Getafe y parto para Francia. Tras tres años allí, en una ermita que me cedieron en Los Alpes, en medio de la montaña, sin luz y sin agua, Dios confirma esta llamada y decido que es el momento de empezar ya esta vida dán-

dole un carácter más definitivo. Pero yo era un sacerdote diocesano, aunque eremita, y con esa idea regreso a Getafe pensando que íbamos a buscar un lugar idóneo para seguir viviendo esta vida. Y, de repente, me nombran párroco. Sentía que había una vida que se estaba gestando y me la interrumpían de cuajo, pero confiaba en el Señor y no quería servirme a mí mismo, sino a Él...

Y después de un itinerario de búsqueda, también fiándote de la Iglesia y de cómo Dios llevaba tu historia para vivir en obediencia al Espíritu Santo, finalmente el Señor te lleva al desierto para hablarte al corazón...

¡Así es! El 14 de septiembre de 2007 aterricé en esta cuevecita, que yo llamo La Casa de María. Y aquí, por la gracia de Dios, llevo 15 años. Hice mis primeros votos temporales en el año 2010, y el 14 de septiembre de 2017 realicé aquí, de manera solemne, los votos perpetuos de pobreza, virginidad, obediencia y vida de desierto como ermitaño de la diócesis de Tarazona.

Tras 15 años vividos desde la palabra desnuda, la oración, la pobreza, la penitencia y la contemplación en esta ermita... ¿Es posible es-

cuchar la voz de Dios en el silencio?

Claro, cómo no... Una sola palabra le dijo el Señor al Padre y, desde entonces, está hablando en eterno silencio. En el silencio de la fe uno recibe la Palabra del Padre, que es el Verbo y, a partir de ahí, hay que hacer silencio de uno mismo y de toda búsqueda de autocomplacencia para dejar que sea Dios el que hable, se revele, se manifieste y se comunique al corazón. Es el silencio de ruido, no de la palabra. De hecho, el silencio es el arte de una escucha: sirve para vivir de la palabra o de la presencia, porque esa palabra es Alguien y no algo. Entonces, claro que Dios habla. Habla en el silencio de la fe, del desierto de una ermita, pero no solo eso, también hablaba antes. La vida entera se define por una escucha de la Palabra de Dios, que te pone en camino y te hace ir más adentro, al misterio de su amor, del corazón de Dios mismo. Pero, por supuesto, si no fuera posible escuchar a Dios aquí, yo no podría plantearme la vida en este lugar...

Supongo que un ejercicio permanente es el de adentrarte, de manera atenta, para escuchar los gemidos interiores, sentir las mociones consoladoras, anclar el corazón en la esperanza y

gritar, si es preciso, auxilio, al Cielo. ¿Cómo te habla a ti Dios?

Dios habla en el silencio al corazón, y lo hace con amor. Su lenguaje es el amor. Y así me habla. Es una comunicación de corazón a corazón. Él habla llevándome al silencio para que viva totalmente vuelto hacia Él, que se me está dando y regalando; y se complace en mí, en compartir su vida, su gloria, su santidad y su belleza conmigo. Ya lo ves, con este pobrecito creado de la nada para darme su propia vida... Y esa es mi escucha, una comunicación en la que hay una donación de amor entre Dios y mi pobreza (que Él convierte en riqueza).

¿Es, entonces, el silencio una pedagogía para acallar las voces exteriores y adentrarse en la que se escucha más adentro?

Claro. El silencio no es un fin, sino un medio, y es una pedagogía para, precisamente, posibilitar una escucha. El silencio exterior acompaña y es necesario, pero lo es más el silencio interior: de apegos, de ruidos, de pensamientos obsesivos, de recuerdos... Y eso es lo que, poco a poco, hay que acallar. Pero yo no me dedico a combatirlo directamente, simplemente me pongo

a escuchar una voz que es más bella, más dulce, más atrayente... Y, entonces, paso todo por la escucha de la Palabra, el Evangelio, la celebración de la Santa Misa y toda la riqueza espiritual que hay en la vida. Y eso me ayuda a poner mi atención en positivo ante lo real, de manera que van perdiendo fuerza todos esos elementos distorsionantes de ruido que me descentran y me hacen darme cuenta de la dispersión que llevo dentro.

Además, vives de la Providencia total, con el único lujo de la fe...

No es poco lujo, ¿eh? Yo, desde luego, no lo cambio por ninguno. La fe es la puerta, la sed para vivir de Él. Es una relación personal viva, con el Dios Uno y Trino, con el Corazón de Cristo. Por lo tanto, mi riqueza es saberme en sus brazos, guiado, protegido y amado. La actitud radical es de abandono y confianza, y así es como experimento que Él está, que me cuida, me ama y se ocupa.

Supongo que, a veces, antes de echarle a la cuneta, solo te queda esperar y confiar. ¿Dios te pide algo?

Solo me pide que me ocupe de dejarme amar para que Él pueda comunicarme su felicidad y hacerme tan feliz co-

mo es Él (salvando la distancia), y que lo demás, como Él mismo dice, ya se me dará por añadidura. Y si a veces no se ocupa de algo, será porque no conviene y no es necesario. Entonces, cuando vives de lo esencial, descubres que vives realmente de la verdad de tu corazón, y encuentras esa paz y esa alegría que son una consecuencia de ir aprendiendo a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todo el ser. Dios no es un medio, sino un fin, en todas y sobre todas las cosas.

¿Es, por tanto, una llamada a adorar y a fiarse de la Palabra de Dios, incluso cuando no entiendes nada?

En la medida en que te vas fiando, vas dejándole obrar a Él y vas palpando que está, que actúa, que todo lo ordena para tu bien y que en aquellas cosas que te han podido dar miedo en el pasado, te dice: «No temas, hijo, estoy contigo y te amo; solo confía en mí». Aquí tocas la Roca, lo real. Eso no quiere decir que todo lo entiendas. Simplemente te parece bien no entender muchas cosas porque es una manera, también, de entregarle tu confianza al Señor, de decirle que tú también le amas, que te fías y que te dejas ir adonde Él quiere que vayas.



Para eso, tal vez, ¿ayuda (y mucho) la adoración? Porque detrás de todas tus palabras, dejas caer un silencio habitado...

Cuando adoras, que no es más que poner a Dios en el centro y vivir—de la fuente y para tu fin—del que es, tocas la realidad y se te van los miedos y las angustias, porque no tienes nada que temer. Cómo tu corazón cada vez depende menos de ti, de las criaturas y de tus planes, experimentas una gran libertad interior, que es la pobreza evangélica; que no es no tener, sino no vivir aferrado. Y es ahí donde descubres quién eres. En la medida en que te vas dejando

despojar por el Señor (con tu consentimiento, por supuesto), dejas de tener miedo...

El amor es el lenguaje del alma, máxime en un lugar—como tu casa—donde solo queda entregarse y amar. ¿Cómo es posible explicar, en silencio, esa locura de amor?

Dios me ha regalado la gracia de vivir junto a la cruz, de la mano de la Virgen y de san Juan Evangelista, mi padre fundamental y quien ha inspirado mi vida. Eso marca mi contemplación. De hecho, junto al Sagrario—donde paso unas diez horas diarias de oración explícita—tengo puesta

una cruz grande porque hay que rezar siempre a los pies de la cruz, donde se contempla esa locura de amor y esa sed que Él tiene de enseñarme a amar para, recibéndolo todo, poder darlo todo.

¿Crees que la medida del amor se mide, entonces, desde lo que uno es ante el Sagrario?

Desde luego, de principio a fin. Por eso sigo aquí, acurucado a Él, contento, agradecido y feliz.

¿Cómo late Dios en tu corazón y en tu alma, cuando se acalla el sonido de tus sandalias y te postras sobre la

tarima de madera donde duermes?

Es un misterio de amor. El mundo, si se abre a comprender el lenguaje del amor, puede entenderlo. Si tú descubres a tu Amado, que ha manifestado su amor abrazando esa vida de austeridad, pobreza y renuncia para comunicarte su amor desnudo y para compartir tu miseria, pobreza y debilidad, te sientes movido a compartir esa vida con Él y sigues viviendo de lo que Él vive. Él nos redimió en una cruz por amor, y Él—desde esta vida que ha elegido para mí— me atrae para compartir ese lecho de amor—que es la cruz— con Él, como misterio de amor en una actitud de donación, de dar por entero la vida.

¿Es una manera de mostrar que la felicidad no está en lo que posees?

Eso es, la felicidad está en vivir de amor, del Amado. Desde la comunión con Cristo pobre y crucificado, me atrae y me hace pobre, haciéndome semejante a Él. Y, entonces, dormir en una tabla me lo hace más presente, me da una memoria de Quién es el que me ama y en qué lecho de amor me ha desposado y se ha entregado por mí. Entonces, la memoria de la cruz es una memoria del Amado y de tantos hermanos que viven

crucificados, de tantas formas y maneras, y eso me hace estar cerca del corazón de Dios, de Jesús y de mis hermanos. Y lo vivo, de verdad, como una experiencia de amor y de alegría, no como algo que me frustra. No tengo la sensación de estar haciendo algo extraordinario, sino algo por lo que el corazón es atraído.

En una vida de ascesis como la que anidas, ¿en qué lugar de la mesa se sienta el dolor?

Es que en el dolor ni pienso, te lo digo de corazón. Si me doliera la espalda o me centrara en mí mismo por el sacrificio que hago, debería dejar de hacerlo. Aquí, por ejemplo, hace frío y tengo una estufa de leña, y yo también acojo la gracia del frío, pero cuando veo que el frío me centra más en el frío que en el Señor, yo con toda la alegría del mundo—y dándole gracias—enciendo la estufa y tan contento. La vida no está definida por el dolor y el sacrificio, sino por el amor. Y, desde ahí, lo otro tiene un sentido desde una perspectiva cristiana que contempla el misterio de la redención a través del misterio de la cruz.

Y en ese misterio que Él fecunda de amor con su pre-

sencia, ¿se puede, incluso, hasta tocar?

Por supuesto, todos los días. En la Eucaristía le doy unos cuantos besos y por la noche antes de dormir... Es la espontaneidad de una relación viva en la que todo tiene cabida. Él despierta una ternura y, en la medida en que vas viviendo de la fe, despierta toda tu humanidad y te acaricia los sentidos del alma hasta que descubres una manera nueva de tocar, de ver, de sentir, de palpar y de gustar el misterio de Dios. Crece la fe cuando vives de la fe; como ocurre en el amor cuando amas.

Y cuando brota la aparente ausencia de Dios y no le sentimos cerca en momentos de tribulación, ¿por qué calla?

Él se calla para que tú te calles. Solo así puedes entrar en la sabiduría más profunda que se revela en el silencio. Porque a veces piensas que se calla porque tú esperas una determinada respuesta; y, sin pretenderlo conscientemente, no pones a Dios como fin, sino como medio, al servicio de tu idea de felicidad. Y ahí descubres que te estás poniendo tú en el centro, que estás pidiendo cuentas a Dios y le estás juzgando. Y ese no es Dios. Entonces calla, porque no es el Dios verdadero.

El mirarlo desde nuestra mirada o nuestro sentimiento lo distorsiona todo porque, desde ahí, no hay encuentro, ya que, al final, es un ídolo. Forma parte del proceso y hay una purificación detrás, pero mientras que no entendamos que eso debe pasar para encontrarte con el Dios verdadero, Él calla y no se adapta, porque es el ídolo que uno se hace.

Entonces, si a Dios se le conoce en su silencio, ¿qué puede aportar, hoy en día, la vida religiosa a una sociedad tan necesitada de cuidado y de delicadeza?

La vida religiosa no es algo abstracto, es cada persona en su relación con Dios. Entrando en la mía personal, es algo que tampoco me planteo desde la funcionalidad. Es decir, sabes que aportas, que tiene una eficacia profunda y misteriosa que no tiene que verse inmediatamente, pero tratando de ser fiel a la verdad, al amor y a Dios, al final es dar testimonio de lo que trae delicadeza, ternura, capacidad de amar, de acoger y de comprender. Porque cuando estás en Dios, todo eso brota de tu corazón y sientes que transmites felicidad. Con tus limitaciones y debilidades, claro, pero al final aportas el mostrar lo único necesario: dónde está

la fuente, la vida y la verdadera alegría.

Y lo aportas porque lo encarnas. Porque la relación con Dios te hace ser su imagen: imagen de su gloria, de su bondad, de su ternura, de su delicadeza, de su alegría, de su paciencia, de su humildad... Porque Dios es humilde, es paciente, es misericordioso, es padre, es bueno, es amigo, es esposo, es un niño, es inocente, es el que sufre a tu lado y te enseña a sufrir con amor y a confiar en medio de las dificultades... Y cuando te fallan las criaturas, descubres que Él está ahí, que es más importante que todo y que no te falta nada. Consiste en dar testimonio de esto. Desde la oración, uno es lo que intercede, porque tu vida—unida a la de Jesús—es un pequeño sagrario que quiere vivir en intercesión continua al pie de la cruz de tantos hermanos que sufren. Ser religioso es estar cerca de un corazón humano para que descubra el amor con el que es amado y, a partir de ahí, pueda edificar una vida desde la verdadera alegría.

¿Y es posible, desde una ermita escondida en el corazón de una montaña, de un pueblo de apenas 50 habitantes y lejos de toda civili-

zación, cambiar el corazón del mundo?

Es posible en el sentido de que el corazón del mundo lo llevas en tu propio corazón. Tu corazón, unido al del Cristo, se convierte también en el corazón del mundo. Y en la medida en que tú te vas dejando sanar, curar, llenar y vivificar, ese corazón está bombeando para transmitir esa vida de Dios al mundo.

¿Y cómo vives tu ser sacerdote y religioso en medio de esa soledad?

Te abandonas y, aunque las cosas a veces te duelan, lo aceptas, lo entregas y sabes que todo lo que ofreces tiene un sentido. Y si ahora no lo ves, ya lo verás. Vas aprendiendo ese lenguaje. Vives de la fe y, por tanto, vives de lo que Él hace y permite misteriosamente, siendo consciente de que todo lo ordena para tu bien y nada te puede separar de su amor.

Si el suelo firme del creyente es la experiencia del amor de Dios, ¿qué importancia adquiere ahí la mística del cuidado?

Es esencial, desde luego. Es el amor personal, por cada uno como misterio, como don de Dios y como algo que hay que venerar profundamente, porque cada persona

pertenece solo a Dios. Debemos respetar el misterio de cada persona, cuidarla en todo lo posible y quererla como Dios la quiere.

Un misterio que considere esencial poner en el centro del altar de nuestras vidas mediante el Cuerpo y la Sangre del Señor, ¿no?

La Eucaristía es el Misterio de Cristo, el sacramento de la Pascua, de su Muerte y Resurrección. Nuestra vida es eucarística y todo nuestro ser se descubre y encuentra su identidad desde el misterio de la comunión con Cristo Eucaristía, muerto y resucitado. Se concreta y, además, de una manera principal, en el momento sacramental; y va impregnando toda tu vida, hasta que tu trabajo solo se entiende desde la Eucaristía: pequeñas renunciaciones, sacrificios, ofrendas de amor... Porque Cristo vive en ti y tú en Él.

Tras 34 años como sacerdote de Jesucristo, de los cuales 18 los has vivido como eremita, a pesar de todos los cansancios, las horas gastadas, las entregas, las esperanzas logradas, los va-cíos, las soledades, los silencios más desiertos y la ascesis de los días más difíciles, ¿todo merece la pena por el Amado?

¡Por supuesto que sí! Es verdad que hay momentos de prueba pero, al encontrar el Tesoro, todo lo demás pierde fuerza. No siento que esté haciendo sacrificios para experimentar que, al final, merece la pena. Es que merece la pena desde el primer momento, porque Él lo es todo y yo soy nada sin Él, y me ha creado —dándose por entero— para hacerme feliz con su propia felicidad. Entonces, no tengo la sensación de renunciar a nada, sino de haber elegido recibir en pleni-

tud lo que Él ha elegido para este pobre hijo que ahora te mira...

¿Hasta dar, incluso, la vida?

Es que yo ya no tengo vida. La vida es amar y, por eso, es una vida dada. No doy nada porque lo recibo todo. Dios se me da en todo y, por tanto, las demás cosas ya no las quiero porque todo lo de Él es mucho más bello, verdadero y bueno. Quien está en los brazos de Dios, no está en las garras de nadie. Y por eso soy tan feliz. Yo me descubro infinitamente pequeño y pobre, y solo recibo gratitud. ¿Cómo no voy a confiar en Aquel que me ama tanto y que solo quiere mi bien? Cuando le das tu confianza a Dios, ves que su palabra y su amor son verdaderos. Y, entonces, nace —para siempre— el silencio del amor. 





Desafíos de la prevención de abusos en contextos difíciles de misión

MARÍA CRISTINA ÁVALOS, ssps

DIPLOMADA EN SAFEGUARDING EN EL I. A. (P. U. GREGORIANA).

En los distintos contextos donde somos enviados, las y los misioneros nos enfrentamos con la vulneración de los derechos y dignidad de los niños y niñas. Los maltratos no conocen fronteras y componen una extensa letanía. Si bien hay una mayor conciencia colectiva sobre los derechos de la infancia y la necesidad de la prevención de abusos, la realidad nos dice que hay un camino largo y urgente por recorrer en la construcción de la cultura del cuidado y la prevención.

Muchos de nosotros realizamos servicios pastorales en las periferias geográficas y sociales de los diversos continentes. Conocemos de cerca el dolor y la impotencia de personas y comunidades donde las calamidades naturales, la violencia, los conflictos, la inseguridad social y las epidemias agudizan las inequidades sociales y generan mayor desprotección de niños y niñas. Habitamos contextos

caracterizados por la pobreza extrema, distancias, aislamiento, inseguridad y donde perduraran costumbres y tradiciones culturales que justifican relaciones malsanas. Ambientes donde niños y niñas son amados, pero aún se los considera inferiores, propiedad de los padres o mayores y donde se cree que los castigos físicos y maltratos sirven para educarlos. La carencia de recursos materiales y humanos impiden, muchas veces, desarrollar programas de formación y actualización sobre la prevención de abusos. Además, hay pocos centros con personal adecuadamente preparado para escuchar, acompañar y asistir de forma integral a las víctimas de abuso sexual. Sea cual sea el contexto, el desafío es siempre el mismo. Denunciar que el abuso, en cualquiera de sus formas, es inaceptable. El reto es salir, ir más allá de las fronteras para sembrar y sumar procesos de humanización. Sin dejarnos

bloquear por los factores limitantes, asumir la responsabilidad de colaborar decididamente en la misión de la prevención incluso, en las zonas más remotas y en las circunstancias más adversas. Salir, ir más allá, significa también formarnos y apoyarnos para superar el enfoque reductivo de creer que por el hecho de contar con protocolos formales se cumple la misión de proteger a los menores.

La Buena Noticia es que existen buenas prácticas. Hay avances significativos de colaboración interdisciplinaria e interinstitucional en materia de cuidado y prevención de abusos. Dios hace grandes cosas a partir de cosas y gestos pequeños, aún en la intemperie. Si abundan las carencias, que sobreabunde el compromiso de multiplicar iniciativas para anunciar que la tarea de la prevención compete a todos. Como dice el papa Francisco, “Este es el camino para todos nosotros: obispos, superiores religiosos, presbíteros, diáconos, personas consagradas, catequistas, fieles laicos. Todo miembro de la Iglesia, según el propio estado, está llamado a asumir la responsabilidad de prevenir los abusos y trabajar por la justicia y la sanación. (Discurso del papa Francisco a los miembros de la Comisión Pontificia para la Protección de los Menores, abril 2022).



¿Volverá a surgir la vida religiosa? ¿Debería hacerlo?

Joan Chittister, osb

Hermana benedictina de Erie (Pensilvania)

La pregunta a la que pretende responder este artículo es clara: ¿Resurgirá la vida religiosa? Sí. Pero, ¿tiene sentido en estos tiempos pensar siquiera algo así? La respuesta es muy sencilla, pero al mismo tiempo puede cambiar la vida. Algunas historias antiguas iluminaron hace tiempo tanto el propósito como la espiritualidad de lo que significaba ser religioso. Incluso ahora, incluso aquí.

La primera de esas historias procede de los relatos de los monjes del desierto.

Un día, el abad Arsenio pedía consejo a un anciano egipcio sobre algo.

Alguien le dijo: "Abba Arsenio, ¿por qué una persona como tú, que sabes tanto griego y latín, le pide consejo a un campesino como éste?". Y Arsenio respondió: "En efecto, he aprendido el latín y el griego, pero no he aprendido ni siquiera el alfabeto de este campesino".

También los maestros zen cuentan una historia sobre la naturaleza del verdadero compromiso religioso.

El monje Tetsugen se propuso como objetivo de vida imprimir los sutras de Buda en bloques de madera japoneses. Supuso un trabajo enorme y costoso, y justo cuando

estaba a punto de acabar de reunir los fondos que necesitaba para hacerlo, el río Uji se desbordó y dejó a miles de personas sin hogar.

Así que Tetsugen gastó todo el dinero que había recaudado en los sin techo y comenzó de nuevo a recaudar fondos.

Pero el mismo año en que consiguió reunir el dinero por segunda vez, una epidemia se extendió por el país. Esta vez, Tetsugen donó el dinero para atender a los enfermos.

Se necesitaron 20 años más para reunir el dinero suficiente para imprimir las escrituras en japonés.

Esos bloques de impresión aún se exhiben en Kioto. Pero hasta el día de hoy, nos dicen, los japoneses cuentan a sus hijos que Tetsugen produjo en realidad tres ediciones de los sutras y que las dos primeras ediciones —el cuidado de los desamparados y el consuelo de los que sufren— son invisibles pero muy superiores a la tercera.

Está claro que los maestros zen saben lo mismo que nosotros: El testimonio, no la teoría, es la medida de la espiritualidad que profesamos. Lo que hacemos por lo que decimos creer es la verdadera marca de la genuina espiritualidad.

Por último, san Pablo es muy claro sobre nuestra obligación común de formar parte de la empresa cristiana. "A cada uno", enseña en 1 Corintios, "se le da la manifestación del Espíritu para el bien común". En otras palabras, se nos da a cada uno de nosotros por el bien de la comunidad cristiana.

Estos dones personales nuestros no son para nuestros pequeños desiertos espirituales privados. Juntos debemos ser mensajeros, modelos y creadores de un

mundo nuevo de justicia y amor allí donde estemos.

El modelo de nuestros propios antepasados es más que claro al respecto.

Las comunidades benedictinas cuidaban de los enfermos en los hospicios cuando la enfermedad se consideraba un castigo por el pecado. Nos llaman hoy, pues, a ser figuras sanadoras en todas partes.

Los religiosos fueron testigos públicos, de la igualdad a través de un testimonio visible cuando la esclavitud de unos con otros se consideraba moralmente correcto. Nos siguen invitando a que nuestras comunidades sean hoy un signo de igualdad.

Las comunidades religiosas ofrecían hospitalidad y seguridad en los albergues de sus conventos, para los peregrinos que viajaban de un santuario a otro en Europa. Nos llaman a que veamos a Cristo en cada persona que cruza las puertas de nuestras ciudades y los arcos de nuestros monasterios.

Se les podía ver en las obras proféticas de las comunidades religiosas que reconocían la difícil situación de la clase obrera, proporcionando alimentos y cuidados a las familias en el pasado y ahora, abogando por una legislación que les liberara en lugar de restringirlos.

En otras palabras, los carismas de la vida religiosa están vivos. Continúan, como la memoria de Jesús que sigue presente en nosotros.

Estos carismas no están nunca completos. No están congelados en el tiempo. No están fijos y estáticos, estancados y quietos. Vibran con la

vida. Nunca mueren. Son dinámicos, se despliegan y son tan necesariamente nuevos

El testimonio, no la teoría, es la medida de la espiritualidad



hoy como lo fueron en el alma de los religiosos que nos precedieron.

El carisma, en otras palabras, debe ser constantemente redescubierto, y constantemente re-expresado.

Por separado, solos y juntos, debemos hacerlo visible de nuevo en formas nuevas. Juntos debemos hacer que vuelva a sonar en el nuevo lenguaje de un nuevo tiempo. Las comunidades benedictinas que nos precedieron pasaron de los internados a los programas de formación laboral para los refugiados.

Ahora, centrados en los nuevos pobres, los nuevos centros están tan abiertos hoy a los clientes budistas y musulmanes como lo estuvo para los inmigrantes católicos alemanes, polacos, irlandeses y de Europa del

Este para los que comenzó. Ahora vienen con saris, burkas e hidjabs en lugar de los trajes de la época anterior a ésta, pero sus necesidades y esperanzas son las mismas.

Esa conciencia es un grito a los religiosos de nuestros días para que sigamos llevando los valores humanos básicos al centro de todo sistema.

No es el momento de ignorar la vida religiosa o de hablar de ella como algo de otra época. Ahora es el momento de renovarla con vigor.

Cuando la naciente sociedad mercantil empezó a consumir la vida de los pobres en aras de un nuevo sistema económico que despojaba a los pobres de la tierra pero no pagaba nada por su trabajo, fue un grito de siglos para que todos participáramos en la

renovación y el apoyo a las sociedades golpeadas por la pobreza hoy.

Cuando la nueva industrialización empezó a emplear trabajadores en los puestos de trabajo de las fábricas, pero no dio nada a las mujeres, las religiosas abrieron escuelas para niñas para que se pudieran plantar las semillas de un mundo sin sexismo.

Es la profundidad de esas tradiciones espirituales, la valentía de esas historias espirituales, el compromiso de las religiosas y de los religiosos lo que nos ha traído hasta hoy. Es ese espíritu el que aún conservamos para aquellos que buscan.

Lo que es importante entender es que no todos debemos trabajar directamente con los pobres. De hecho, no todos podemos tener el mismo tipo de ministerio. Son las habilidades y el interés que cada hermana tiene en sí misma lo que decide el don que desarrolla. También determinará a quién sirve y cómo lo hace para el bien común.

Yo, por mi parte, no me podría llamar religiosa si ese fuera el caso. Nunca he sido voluntaria en un hogar para indigentes. Nunca he trabajado en un refugio para mujeres. Nunca he servido un plato de sopa en nuestro propio comedor social. En cambio, mi ministerio difunde, cuestiona, incluso exige, que se sirva sopa gratis, no solo para mis hermanas benedictinas que sirven la sopa, sino a las personas de todo el mundo que pueden contribuir con fondos u otro tipo de apoyo para que esa sopa esté disponible.

La cuestión es que cada uno de nosotros debe hacer algo para que la voluntad de Dios y el amor de Jesús sea algo evidente para todas las personas con las que nos encon-

tramos.

La vida religiosa se vive en la cima de la montaña de la oración, inmersa en los gritos del salmista, desafiada diariamente por los profetas, tocada hasta la médula por las exigencias del Evangelio y llamada por Jesús –liberador, redentor, sanador y amante– a “¡Ven, sígueme!”.

Es esa llamada la que nos lleva a preguntarnos: “¿Para qué necesitamos hoy a los religiosos? ¿A quiénes luchamos por liberar de las cadenas del rechazo, la pobreza y la codicia?”.

Ahora no es el momento de ignorar la vida religiosa o de hablar de ella como algo de otra época. Ahora es el momento de renovarla con vigor.

Desde mi punto de vista, la Escritura es muy, muy clara:

“Cuando vayáis, proclamad este mensaje: El reino de los cielos está cerca. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los que tienen lepra, expulsad a los demonios. Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis” (Mateo 10,7-8).

¿Dar qué? Dar nuestras vidas, nuestros corazones, nuestra visión personal de la vida religiosa de nuevo. En este siglo. Ahora. 

* Joan Chittister, OSB, hermana benedictina de Erie (Pennsylvania), es autora de best-sellers y una conocida conferenciante internacional sobre temas de justicia, paz, derechos humanos, asuntos de la mujer y espiritualidad contemporánea en la Iglesia y en la sociedad.

Traducido por Magda Bennásar Oliver, SFCC y Carmen Notario Ajuria, SFCC

https://www.ncronline.org/news/opinion/will-religious-life-rise-again-and-should-it?site_redirect=1

LA SONRISA EN LA MIRADA



«Don't ask, don't tell»

Jorge A. Sierra

HERMANO DE LA SALLE

DELEGADO DE PASTORAL DEL DISTRITO ARLEP DE ESPAÑA Y PORTUGAL

Que no se preocupen los lectores: a pesar de la tendencia en la sociedad a usar nombres anglosajones sin mucho criterio—algo de lo que la pastoral juvenil no está libre— no se trata ahora de aprender expresiones extranjeras nuevas.

Con esta frase, que podemos traducir como “no preguntes, no lo cuentes”, se suele resumir la política que durante décadas imperó en el ejército estadounidense y otras organizaciones sociales respecto a la homosexualidad de algunos de sus miembros. Haciendo un resumen tosco, viene a decir “no pregunto (porque no es de mi incumbencia); tú tampoco digas nada (por si acaso)”. Aunque en un primer momento nos pueda parecer algo razonable, no deja

de ser un engaño interesado... por varias partes.

Saco a colación esta expresión hoy porque es la primera que me vino a la cabeza cuando un miembro de Crismhon, que reúne a católicos de la comunidad LGT-BI+, nos preguntó en un taller de la Escuela de Pastoral con Jóvenes: “¿cómo aceptáis la diversidad sexual en vuestras instituciones?”.

¿Es realmente así? “Mejor no preguntes... y por supuesto no cuentes”. Me temo que sí, en muchas ocasiones. Lo peor, quizás, es que no es solo en tema de diversidad sexual, donde nos queda tanto por crecer y curar, sino también en otros ámbitos. ¿Cuántas veces hemos visto “mal” a alguno de nuestros Hermanos o Hermanas y hemos optado por el silencio antes de decir nada? Quizás sea uno de los

demonios de la vida consagrada ese malhadado “respeto” que no solo no ayuda, sino que aísla, distancia y hiere.

La crítica que Voltaire hizo a los consagrados sigue siendo corrosivo: “se juntan sin conocerse, viven sin amarse, mueren sin llorarse”. Sinceramente creo que es injusta y, desde luego, no es mi experiencia... la mayor parte de las veces. Puede haber componentes patológicos en una mala interpretación de nuestras estructuras, tradiciones o incluso de los votos, pero no tiene por qué ser necesariamente así. ¿Por qué? Porque para cumplir lo que critica Voltaire tendríamos que “ni preguntar, ni decir”, es decir, ampararnos en un falso respeto que comunica y aleja... y a eso no estamos dispuestos, ¿verdad?



El valor de la gratuidad. La alegría de hacer el bien

“Mayor felicidad es dar que recibir” (Hech 20,35)

Enrique Gervilla Castillo

Catedrático Emérito CC. de la Educación. U. Granada

En nuestra sociedad, en la que el bienestar material y el hedonismo son valores prioritarios para muchos ciudadanos, los voluntarios, los misioneros, quienes trabajan en comedores sociales, y otras muchas personas pertenecientes a las múltiples ONGs... dan un ejemplo de lucha contracorriente, digna de resaltar y de elogiar. Muchos ciudadanos movidos por su altruismo o por su fe cristiana, dedican parte de su vida, y de modo gratuito, a colaborar con la cultura, la natu-

raleza, los niños y ancianos, el medio ambiente, la educación, la ayuda a los más necesitados, etc. Y ¿cuál es su recompensa? Solo el gozo, la alegría y la satisfacción interior de hacer el bien.

EL VALOR DE LA GRATUIDAD

Un hecho digno de elogiar es el voluntariado. Los voluntarios, por definición, no cobran por su trabajo, ni para sí mismos, ni para terceros por la ayuda prestada. Muchos

están integrados en algunas de las múltiples ONGs (siglas de Organización No Gubernamental); otros prestan sus servicios vinculados a alguna de las Instituciones religiosas o civiles. En muchos ellos subyacen los valores de la cooperación, la solidaridad, la alegría, la ayuda desinteresada y el altruismo.

Sin embargo, hoy no todas las personas entienden que dar y compartir gratuitamente con los demás enriquece la vida y proporciona una sensación de alegría y de paz interior que es la mejor recompensa a su donación. Aprender a dar y compartir es un paso esencial en el proceso de desarrollo personal y mejora de nuestra calidad interior de vida.

Este hecho no es nada nuevo. Ya Séneca, en el siglo IV antes de Jesucristo, fue consciente de este hecho al escribir que “al obrar la justicia la mejor parte de ella vuelve a ella. Todos en absoluto, al favorecer a otro, se favorecen a sí mismos (...). El premio de la buena obra es hacerla” (1966, p. 614). E igualmente Rousseau, en su famosa obra “Emilio o De la educación” sostiene que “el primer premio de la justicia es sentir que la practicamos” (1990, p. 318).

También nuestra conciencia, como voz interior y juez personal, gratifica el bien que realizamos y nos acusa cuando obramos el mal. Según la RAE la conciencia es “el conocimiento del bien y del mal que permite a la persona enjuiciar moralmente la realidad y los actos, especialmente los propios”. De aquí las expresiones populares: “Tengo la conciencia tranquila”. “Me remuerde la conciencia”. “Tiene mala conciencia”. “Allá cada cual con su conciencia”. “He obrado según mi conciencia”...

EN LA SOCIEDAD CONSUMISTA “EL TENER ES LA MEDIDA DEL SER”

Esta gratuidad del voluntariado es imprescindible para el materialista, al otorgar éste un excesivo valor a los bienes materiales, singularmente a la comodidad, al lujo, al placer sensible, al dinero...

Todos frecuentemente oímos la expresión: “vivimos en una sociedad consumista”. Pero hablar de una sociedad consumista no es lo mismo que hablar de una sociedad de consumo, pues en el consumo forma parte imprescindible de la vida. Una sociedad consumista, sin embargo, es aquella en la que las personas consumen, no solo lo necesario para la vida, sino lo superfluo y de modo compulsivo. El consumismo es, pues, un pozo sin fondo que nunca está satisfecho con lo que tiene, pensando en lo mucho que podía tener. Y en consecuencia, pues, es egoísta e insolidario.

La valoración de la riqueza para el consumismo es tal, que a ella también van unida la imagen social de cambio, de poder y de prestigio. Así, con frecuencia, hemos de cambiar de coche, los muebles, la vivienda, la ropa, etc. Lo transitorio vale más que lo permanente. “Usar y tirar” es, para muchos, el lema de nuestra sociedad consumista.

Para quien vive en y para el bienestar material el tener es la medida del ser. El ideal del materialista es contemplar el aumento del

dinero y de sus riquezas, olvidándose de la realidad espiritual de los seres humanos, por lo que se encuentra incapacitado para entender la alegría interior del altruista y

del voluntario. Y si es verdad que sin la satisfacción de las necesidades mínimas materiales es imposible una vida digna, alegre y feliz; no es menos cierto que solo con la posesión

“Usar y tirar” es el lema de nuestra sociedad consumista

material el ser humano no es plenamente feliz. Junto al cuerpo materia, el ser humano es también espíritu, inteligencia y afectividad. La experiencia nos ratifica que gozamos más intensamente con los bienes del espíritu que con los materiales. El valor de la compañía de una cena, de una excursión, o de una convivencia... suele ser más importante que la comida o el lugar físico.

Tener y el ser forman parte de nuestra vida. El ser hace referencia a nuestra interioridad, mientras que el tener alude a la posesión material. Sin un mínimo de bienes materiales (tener) es imposible vivir dignamente como persona: el hambriento, el parado, el enfermo, o el sin techo, difícilmente pueden vivir su ser, porque son, sin quererlo, esclavos de la miseria. Pero quienes viven en el consumismo son también, y éstos queriendo, esclavos del tener.

Los bienes materiales, por ser exteriores a nuestro ser, pueden ser substraídos; sin embargo, es imposible robar nuestro ser: la fe, el amor, la sabiduría o la educación... Lo sustancial es que los bienes materiales puedan contribuir a enriquecer nuestro ser. Lo importante no es “vivir para tener”, sino “vivir para ser”.

Ya el filósofo griego Epicuro de Samos, en el siglo IV antes a. JC., nos manifestó el modo de ser ricos: “¿Quieres ser rico? Pues no te afanes en aumentar tus bienes, sino en disminuir tu codicia” (2005, p. 154).

LO VERDADERAMENTE HUMANO ES GRATUITO

Todos somos conscientes de que lo verdaderamente humano e importante en nuestra vida reside en la gratuidad: el amor, la amistad, la familia, los hijos, la vida, etc. son realidades más auténticas cuanto son más gratuitas. Un amor, una amistad o una familia comprada dejan de ser verdadero amor, amistad o familia.

Frente a las cosas que, en el mercado, valen más si tienen más precio, lo verdaderamente humano no entra en la compraventa. Las personas no somos objeto de mercancía, propio de las cosas, pues lo que afecta a lo más íntimo de lo humano ni se compra, ni se vende. Antonio Machado ya distinguió entre el precio de lo material y el valor de lo espiritual al escribir que “Todo necio confunde valor y precio” (1991, p. 300).

También Kant diferenció entre el precio de las cosas y la dignidad de las personas: Las cosas tienen precio –pueden comprarse o venderse– los seres humanos tenemos dignidad. Lo que tiene precio puede ser sustituido por otra cosa equivalente, la dignidad es insustituible, por lo que no es posible establecer equivalencia alguna. La persona es un ser que en sí mismo posee un valor absoluto. (1957, p. 92-93).

CONCLUSIÓN. DOS MODOS DE VIDA

En síntesis, pues, el ser humano puede optar por un doble modo de vida en el que predomine el materialismo o bien el altruismo, es decir, quien vive con los pies en la tierra y los ojos en el cielo; o bien, quien vive con los pies en la tierra y los ojos en el suelo.

La felicidad, fin último e irrenunciable de todo ser humano, se alcanza con la satisfacción de las necesidades materiales básicas, pero también con la vivencia máxima de la dimensión espiritual: inteligencia, afectividad y respeto a la dignidad humana. 

Bibliografía citada:

- SÉNCAL, L. N. (1966). *Obras Completas*, Aguilar, Madrid.
EPICURO DE SAMOS (2005). *Obras completas*, Cátedra, Madrid.
KANT, I. (1957). *Fundamentación de la Metafísica de las Cosas*, Espasa Calpe, Madrid.
MACHADO, A. (1998). *Obras completas*, Espasa Calpe, Madrid, p. 300.
ROUSSEAU, J. J. (1990). *Emilio*, Alianza, Madrid.



Testigos oculares

DANIELA CANNAVINA

CAPUCHINA DE LA M. RUBATTO. SECRETARIA GENERAL DE LA CLAR

La vida religiosa es testigo de los tantos cambios y transformaciones que continuamente se suscitan en el mundo de hoy. Cada uno de ellos abre la puerta a nuevas oportunidades, por lo que se requiere tener los ojos bien abiertos para observar contemplativamente la realidad y aprovechar la luz que cada uno de estos cambios nos ofrecen. Debemos proyectarnos y estar abiertos a los distintos tipos de estímulos y aprender a ser curiosas y curiosos, leer, formarnos interdisciplinariamente, intercambiar posturas y visiones, sobre los temas que movilizan nuestro andar. Pero, ¿cómo pasar de la mera observación a la generación de dichos cambios y ver en ellos nuevas oportunidades? ¿Cómo mirar un poco más allá?

Cierto está que somos personas de “hábitos” y nos agrada tener todo bajo control, para evitar lo que genere caos e incertidumbre. Los cambios son procesos nece-

sarios y se deben realizar, por mucho que intentemos resistirnos, si deseamos decididamente salir del lugar de confort. Si la resistencia gana su lugar, corremos el riesgo de ser eclipsados por el contexto, y quedamos sin medios para responder y adaptarnos a los nuevos desafíos.

Quienes trabajan la temática de la “gestión del cambio”, hacen notar que la insatisfacción es un factor clave, fuente de energía o motivación para el mismo. Lo que sigue es preguntarnos: ¿De dónde proviene esa insatisfacción? Cuestionamiento muy movilizante por cierto, si nos animamos a ponerlo sobre la mesa.

Otros expertos, dicen que en la actualidad, todo movimiento se da en entornos dinámicos y, por consiguiente, las organizaciones necesitan ser flexibles y ser capaces de cambiar con agilidad cuando sea necesario. Para ello, será importante personas que tengan capacidad de cambiar las cosas y saber a dónde

hay que ir, y esto último, precisamente, es una de las habilidades que caracteriza al líder de estos tiempos. No podremos gestionar los cambios si no contamos con animadoras y animadores profundamente contemplativos, adaptados a la realidad presente y con el deseo de hacer de la “insatisfacción” un motivo para el crecimiento. Pero... ¿líderes solitarios? ¡Nunca! Estamos invitados a caminar desde la clave del “nosotros comunitario” en tiempo de sinodalidad, y apostar por las búsquedas conjuntas.

Si no abrazamos el entorno dinámico de este tiempo presente, deberemos aprender a orar con Benjamín González Buelta: “No amanezcas, Señor, que todavía mis ojos no aprendieron a verte en medio de la noche. No me hables, Señor, que todavía mis oídos no logran escucharte en los ruidos de la vida”... y rogar que la transformación acontezca. *¡Hagamos que suceda!*



Una «profesión» de ayuda

Francisco Javier Caballero, CSsR

La «Fuente de agua viva» del seguimiento de Jesús es la Palabra. Así de clara es la síntesis del libro que presentamos este mes como lectura recomendada. Nuria Calduch-Benages hace tiempo que tenía pensado recopilar en un volumen sus artículos sobre Biblia y vida consagrada. Aquella idea de 2018, por fin, se ha materializado en esta obra de Publicaciones Claretianas. Se trata de diez reflexiones bíblicas relacionadas con distintos aspectos de la vida consagrada y dos vinculadas con la experiencia mística.

En conjunto la obra presenta una unidad, la Sagrada Escritura como fuente de la consagración, y también una diversidad: la oportunidad de acceder a ella en tratamiento diferenciado desde cada uno de sus capítulos y temática.

En este sentido, esta recopilación de artículos de Nuria Calduch es un buen instrumento de formación personal y de saboreo espiritual y, a la vez, una buena propuesta para una comunidad que, con tiempo, quiera acercar su vida a la Palabra y dejarse interpellar por ella en nuevas acciones e itinerarios de conversión.



FUENTE DE AGUA VIVA,
NURIA CALDUCH-BENAGES
PCL, MADRID 2022, 209 pp.

La fuerza de la Palabra, la escucha del corazón, la escuela de la sabiduría y el mundo actual, Jesús maestro y educador en la fe o la persona vocacionada a la luz de algunas figuras bíblicas... son solo algunos capítulos que, por sí mismos, ofrecen contenido para un tiempo constructivo de crecimiento espiritual.

Creemos que para nuestro momento histórico, la Palabra es esencial para sustentar los procesos de cambio emprendidos. Sin esta inspiración frecuentemente retornamos a la sociología y casuística, desconectándonos de la fuente en la cual bebe y se inspira una forma de seguimiento tan original y arriesgada como es la vida consagrada. *Fuente de agua viva* tiene un hilo conductor expresivo y es que nuestra consagración es siempre ayuda para la humanidad.

Curso de Navidad

ITVR – ERA
(modalidad online)

ESPIRITUALIDAD SINODAL: UN CAMINO DE ESPERANZA



27 – 29 de diciembre 2022

Imagen de Gerd Altmann. Pixabay

Inscripciones

C/ Juan Álvarez Mendizábal, 65 dupdo.
28008 Madrid
+34 91 540 12 73
secretaria@itvr.org | itvr.org



+ INFO





Nueva edición del Postgrado en Administración de Bienes Eclesiásticos

CaixaBank y la Universidad Pontificia Comillas ponen en marcha la segunda edición del postgrado para formar **especialistas en la administración de bienes eclesiásticos**. CaixaBank cuenta con un equipo especializado en Instituciones Religiosas y, para apoyar la necesidad de formación en la administración de los recursos de las instituciones religiosas, se compromete a impulsar el curso **becando parcialmente a los alumnos y aportando profesorado** en materias financieras.

Más información del Postgrado:

